
BASE
SAKCHENT N-1
por el PROFESOR HASLEY.
José Luis
Colección
LUCHADORES

PROFESOR HASLEY

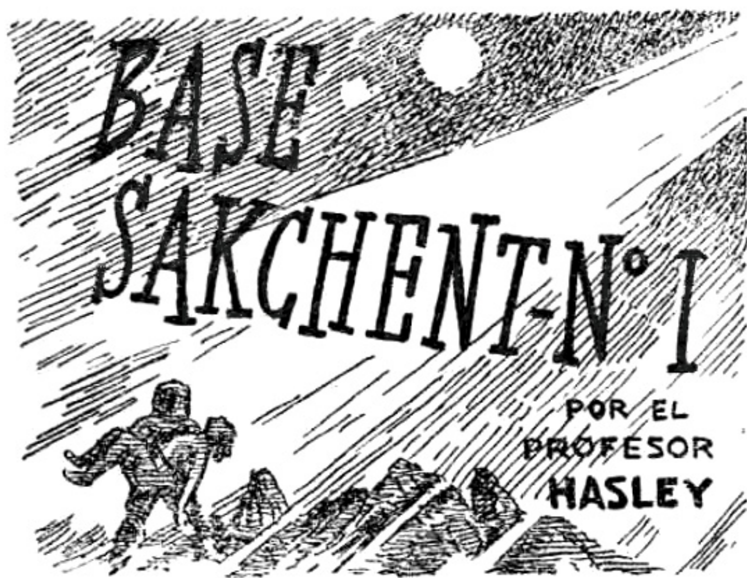
BASE SAKCHENT-N.º 1



EDITORIAL VALENCIANA
CALIXTO III, 23 - VALENCIA

Colección
LUCHADORES
DEL ESPACIO

PRINTED IN SPAIN
TIP. ARTISTICA



CAPITULO I

EL corazón de los hombres del «Tritón Volador» latía aceleradamente. La astronave había realizado perfectamente la maniobra de inmersión y luego, con toda la potencia de sus motores, había emergido del fondo del mar, para lanzarse al infinito en un poderoso salto, cuyo objetivo sería la Tierra.

Todos los hombres del equipo habían respondido admirablemente al realizar la difícil maniobra. La atmósfera de Atomón iba quedando atrás, sacudida por la terrible convulsión de la tempestad magnética que habían desencadenado los hombres de la Confederación Sakchent, en su preludio de guerra contra la confederación de Samá.

Durante varios minutos todos los hombres de la expedición atendían cuidadosamente a sus obligaciones Jansen y Brown hacían cálculos rapidísimos ayudados por dos cerebros electrónicos que pasaban rápidamente a Dic y William, los cuales ordenaban en consecuencia la maniobra a realizar.

Por fin, la nave salió de la atmósfera de Atomón, y se dirigió certeramente hacia la Tierra.

William apenas si podía soportar el profundo dolor de su corazón. Solo el imperativo absoluto del deber que cumplir le había hecho abandonar el planeta recién explorado, dejando atrás a Ylún,

la maravillosa muchacha que no sólo les había salvado la vida a todos en distintas ocasiones, sino que se había adueñado de su corazón de una manera irrevocable.

Lentamente, fue pasando la tensión producida por el difícil despegue que habían realizado, pero aún así nadie se atrevía a romper el silencio que reinaba en el interior de la astronave, conscientes del momento de sufrimiento porque atravesaba el capitán William Kennedy. Todos y especialmente Dic intentaban huir la mirada de éste, al objete de no mostrarle la angustia que ellos mismos pasaban en razón de la situación espiritual de William. Este había decidido mantener una franca y enérgica actitud, pero aún sentía que su corazón latía apresuradamente y que la sangre se le agolpaba en las sienes velando su mirada con una cortina de desesperación.

Fue el profesor Jansen el primero en romper el silencio.

—¡Caramba! —dijo en voz alta, ante la visión de ciertos cálculos que había realizado.

—¿Qué sucede, profesor? —preguntó Browm.

—No puedo comprender esto —dijo el aludido— ¿Ha hecho usted, profesor Browm, los cálculos de vuelo?

—En este momento estaba ocupado en calcular la deriva.

—Mire usted esta cifra.

Browm cogió el papel que le alargaba el profesor Jansen y miró detenidamente.

—¡Caramba! —exclamó— no concuerda esto con nuestras previsiones.

—A ver —dijo Jansen— por el intercomunicador... ¡Oficial de vuelo, deme las referencias!

Poco después el altavoz anunciaba la voz del oficial.

—Potencia de los motores 0'82 en diecinueve minutos. Gravitación de Atomón 0'54. Resistencia de avance 0.

—¿Ve usted profesor Browm? —dijo Jansen.

—Sí, no concuerdan —respondió éste.

—Volvamos a hacer los cálculos, pero los haremos los dos al mismo tiempo. Cada uno en uno de los cerebros electrónicos.

Los dos hombres de ciencia se pusieron a hacer complicados cálculos cada uno por separado. Unos minutos después habían terminado su tarea.

Los dos hombres comprobaron los resultados y vieron que eran idénticos.

—No, no se trata de un error del cerebro electrónico —dijo Browm— Estos cálculos responden a la realidad.

—Sin embargo, ya ve usted, profesor, que las cosas no son como debían ser. ¿Qué es lo que sucede?

El profesor Browm no contestó.

William se interesó.

—¿Qué ocurre?

—Capitán, nos encontramos ante una incógnita alarmante.

—¿Qué es ello? —preguntó a su vez Dic.

—Hemos comprobado nuestro vuelo y resulta que no coincide con los datos dados por el oficial de vuelo. Los motores van a la potencia prevista. Por lo tanto, la velocidad multiplicada por el tiempo de vuelo, debía habernos distanciado de Atomón más de lo que en realidad estamos. Comprobado el efecto gravitatorio sobre nuestra nave, queda demostrado que en efecto nos encontramos más cerca de lo que debíamos estar.

Dic y William miraron los cálculos hechos por los dos sabios, los cuales les explicaron con todo detalle el procedimiento por el cual justificaban su aserto.

—Entonces ¿a qué es debido esto?

—No lo sé —dijo Jansen— Quizá haya un error en los datos dados por el oficial de vuelo.

—Vamos a ver —dijo Dic—; pediremos de nuevo esos datos.

—No. Mejor que eso —intervino William— será que yo mismo vaya a controlar los aparatos de vuelo.

William caminó por los pasillos de la astronave hasta llegar a la cabina donde actuaba el equipo de vuelo.

—A ver, oficial. ¿Cuáles son los datos en este momento?

El oficial comunicó a William éstos. El capitán Kennedy observó con detenimiento los instrumentos que habían dado las referencias necesarias y pudo comprobar que funcionaban perfectamente.

Poco después, se reunía con Dic y los dos profesores para comunicarles que, en efecto, los datos dados por los instrumentos de control eran ciertos.

—Entonces, es evidente —dijo Browm—. Nuestras posiciones han sido asimismo comprobadas y son igualmente ciertas. ¿Cómo es posible que yendo los motores a la precisión que van, impriman a nuestra nave una velocidad inferior a la calculada?

Los cuatro hombres se miraron en silencio. La situación era grave. La carga del «Tritón Volador» estaba perfectamente calculada

y no había grandes reservas de la misma. Si la nave avanzaba más lentamente de lo previsto, según el impulso de que debía dotarla los motores, era muy probable que el «Tritón Volador» no pudiera terminar su vuelo y se convirtiera en una masa inerte, y una vez entrado en la órbita de atracción de la Tierra se lanzaría contra la misma, para desaparecer en las profundidades del planeta a impulsos de la gran velocidad alcanzada.

—Tal vez se nos ha estropeado algo —dijo Dic—. Hay que tener en cuenta que las condiciones en que hemos hecho el despegue distaban mucho de ser las ideales para nuestro aparato.

—Es posible que sea eso —contestó Browm.

—No creo —terció William. Controlé con toda precisión la inmersión del «Tritón Volador» y asimismo el despegue. Aunque no disponíamos de los rieles de lanzamiento, la operación salió a la perfección, sin menoscabo ni daño alguno para nuestro aparato.

—Entonces ¿qué explicación le damos a esto? — dijo Jansen—. La realidad está ante nuestros ojos. He repetido por dos veces los cálculos y asimismo lo ha hecho el profesor Browm. Esto no puede fallar. He de decirle que la física teórica…

William tuvo que frenar al profesor.

—Sí. Ya la sé, profesor. No se preocupe. Estamos convencidos de que sus cálculos son exactos.

—Sí, lo son, porque hasta hemos calculado la posibilidad de error. Es decir, no hemos dejado ningún cabo por atar.

Los cuatro hombres, máximos representantes de la expedición, se miraron consternados. A William le constaba que tanto el profesor Jansen como el profesor Browm habían hecho bien los cálculos. Conocía la minuciosidad conque éstos solían realizar estas operaciones y, además, habían utilizado dos cerebros electrónicos, en los que difícilmente había posibilidad de error.

—Entonces ¿a qué cree que es debido esto, profesor Jansen? —preguntó Dic.

—En verdad, no lo sé. Sucede, como si el aparato arrastrara un peso mayor al que nosotros hemos fijado.

—Estoy pensando —dijo William— que tal vez, cuando Ylún atracó su submarino al costado de nuestro «Tritón Volador», por medio del electro-imán de su nave, ha podido descargar alguno de los instrumentos que nos sirven para controlar el vuelo o cargarlos, por el contrario, de otra electricidad distinta, en fin ¿qué se yo?; modificando de alguna manera el funcionamiento de algunos de estos instrumentos.

Browm y Jansen cruzaron una mirada interrogante, pero ninguno de ellos pudo aclarar la cuestión.

—No sé —dijo Jansen—. Me sorprendería extraordinariamente que fuera así. De todos modos es preciso actuar y pronto.

—Me parece, que lo más elemental es ordenar una revisión a fondo del aparato. ¿No le parece, profesor Jansen? —dijo William.

—Sí. Será lo mejor. —respondió éste—. Que cada hombre haga una revisión a fondo de los instrumentos que controla. Veremos si encontramos alguna anomalía que pudiera justificar lo sucedido.

Dic transmitió las órdenes oportunas a todos los hombres de la tripulación, los cuales comenzaron un minucioso examen de cada uno de los instrumentos que manejaban. El trabajo lo hacían con la mayor rapidez posible, pues hasta todos había llegado la noticia de lo que sucedía y, lógicamente, mostraban el máximo interés posible en resolver la cuestión. Aun así, los minutos fueron pasando lentamente, mientras todos laboraban en silencio.

A William iban llegando los distintos informes y pudo percatarse de que, al parecer, ninguno de los instrumentos sufría alteración alguna que pudiera justificar aquel retraso de la astronave.

—Bien —dijo Jansen—. No se trata de la avería de ningún instrumento, es algo mucho más serio.

—¿Puede acaso haberse formado en el exterior alguna capa de hielo? —dijo Dic.

—De ninguna manera —contestó Browm—. Mientras hemos atravesado la atmósfera de Atomón, no sólo no era posible que se formara hielo, sino que, por el contrario, hemos evaporado una gran cantidad de sustancias, debido a la fricción producida entre las paredes de nuestro «Tritón Volador» y la misma atmósfera. La temperatura ha llegado a ser de unos once mil grados. En la actualidad volamos por un espacio vacío, en el que si es cierto que existen grandes temperaturas bajo cero, no lo es menos que al no haber atmósfera no hay posibilidad alguna de que se condense en hielo.

Dic asintió a la explicación del profesor Browm, pues estaba convencido de antemano. Había dicho aquello por ver si sugería con ello la posibilidad de la verdadera hipótesis.

—De acuerdo. De acuerdo —dijo.

—De todas maneras, —dijo William— creo que sería interesante revisar la superficie exterior del aparato.

—Nos vamos a encontrar con dificultades para ello —terció

Jansen.

Eso lo podíamos haber hecho perfectamente cuando estábamos en la atmósfera de Atomón. Ahora es difícil. Las ondas del telerradar tendrían que reflejarse en la lejana atmósfera de Atomón o de la Tierra, lo cual dada la gran velocidad de nuestro aparato daría una visión muy imprecisa del mismo, si es que llegábamos a localizarla en la pantalla.

—Cierto; no había pensado en ello —dijo William. Pues no veo la solución.

—Creo que existe una —dijo Browm.

—¿Cuál es? —preguntó Dic.

—Para que las ondas de televisión tengan una capa atmosférica de choque para ser reflejadas y darnos una visión en la pantalla, podríamos crear una pequeña atmósfera artificial alrededor de nuestro aparato.

—Es cierto —afirmó Jansen— ¿Cómo no se me había ocurrido?

—A ver. Explíquese —rogó William, para quien aquellas palabras eran un absoluto misterio.

—La cosa no es demasiado sencilla de realizar, pero tampoco es imposible —dijo el profesor Browm. Podemos reducir la marcha del «Tritón Volador» al mínimo posible. Entonces por medio de las válvulas de emergencia de que está dotada la nave para el caso de que tuviéramos que respirar directamente la atmósfera de la Tierra, podemos inyectar hacia el exterior una pequeña cortina de oxígeno, del cual tenemos abundantes reservas. Esta cortina podría servirnos de muralla de reflexión para las ondas de la televisión.

—La idea me parece magnífica —dijo William.

—Sí, pero tiene un inconveniente —contestó Dic— y es que ese oxígeno en cuanto salga al exterior a la temperatura de doscientos setenta grados bajo cero, se congelará rápidamente y no sé si servirá para tal efecto.

—Ya he pensado en el problema —dijo Jansen, que ya estaba haciendo cálculos mentales, adelantándose a los propósitos del profesor Browm—. Podemos lanzar al exterior ese oxigeno a la temperatura de algunos centenares de grados. Para ello podemos someterlo a una altísima presión, cosa que está al alcance de nuestra mano. Así mataremos dos pájaros de un tiro. Primero conseguiremos aumentar la temperatura del oxígeno grandemente y, en segundo lugar, conseguiremos que la salida por las válvulas de seguridad se haga a una gran velocidad, de forma que quede el espacio suficiente entre nuestra nave y la pequeña nube de oxígeno

para que sirva de muralla de reflexión de las ondas del telerradar.

Dic y William quedaron maravillados de la explicación de los dos profesores y vieron una esperanza en la realización de aquel experimento. Rápidamente se pusieron a dar las órdenes oportunas para realizar aquella operación. Los hombres de la tripulación, a los cuales se les había explicado la situación y la posible solución de la misma, atendían profundamente las órdenes de los capitanes Dic y William y se lanzaban a realizarlas con gran rapidez y absoluta precisión.

Dos grandes depósitos de oxígeno fueron conectados a dos de las válvulas de seguridad de la astronave. Luego, los profesores Browm y Jansen, auxiliados por algunos miembros de la tripulación, comenzaron a inyectar mayores cantidades de oxígeno en los depósitos, de forma que aumentara la densidad del mismo y al objeto de que la temperatura subiera lo necesario.

Mientras tanto. Dic y William disponían de todas las demás cosas para intentar hacer la televisión de la superficie exterior de la astronave.

—El equipo de televisión está preparado, profesor —comunicó William.

—Perfectamente. Nosotros ya acabamos —contestó Jansen.

El profesor iba leyendo en voz alta las distintas temperaturas alcanzadas por el oxígeno.

—Seiscientos... Seiscientos cincuenta... Ochocientos... Ochocientos setenta y cinco... Novecientos... Novecientos veinticinco...

—¡Basta! —ordenó Jansen—. Si hiciéramos aumentar más la densidad del gas en ese recipiente, quizá estallara.

—Sí. Yo creo que es suficiente esta temperatura —dijo Browm —. Son cerca de mil grados, aunque el espacio exterior está a doscientos setenta grados bajo cero, dispondremos de varios segundos en cada lanzamiento que hagamos de gas para hacer la televisión del aparato.

—Estamos preparados, capitán —dijo Jansen.

—Está bien —contestó éste—. Máquinas: al mínimo de velocidad.

Desde máquinas contestaron que la orden había sido obedecida.

—Aparatos de televisión: preparados —volvió a ordenar el capitán Dic.

—Preparados —dijo el capitán Kennedy.

—Profesores: podemos realizar la experiencia cuando quieran.

—Bien. Pues vamos allá.

Jansen y Browm manejaban cada uno de ellos uno de los depósitos de oxígeno. Actuaban con rapidez.

—Vamos allá, William.

Accionaron las válvulas de seguridad y los dos depósitos de oxígeno escupieron dos poderosos chorros de gas hacia el exterior, que se proyectaron a distancia de varios centenares de metros.

—Televisión —ordenó Dic.

Todos los ojos se concentraron en la pantalla de televisión Si los cálculos hechos por los profesores Browm y Jansen eran exactos, podría ser televisada la parte posterior del «Tritón Volador». En efecto; una décima de segundo después aparecía en la pantalla la efigie de la parte posterior del «Tritón Volador», desde los tubos de escape hasta casi la mitad del aparato.

La visión duró apenas dos o tres segundos, pero fue suficiente para que los hombres que lo observaban pudieran ver que, al menos en apariencia, no existía ninguna anomalía. Mientras la figura fue televisada un equipo preparado para el caso tomó una rápida cinta cinematográfica, al objeto de poder estudiar después, con grandes ampliaciones los menores pormenores y detalles de la superficie del «Tritón Volador».

—Nada. Al parecer no hay nada por esta parte —dijo Dic.

—Bien. Vamos a repetir la experiencia, pero en esta ocasión intentaremos orientar los chorros de oxígeno hacia la parte de proa.

Nuevamente volvieron a tomarse las medidas necesarias y poco después Browm y Jansen volvían a lanzar dos poderosos chorros de oxígeno hacia la parte anterior del aparato. El aparato televisor actuó rápidamente y en la pantalla volvió a aparecer una imagen, pero esta vez los asombrados hombres de la tripulación no pudieron ver la familiar silueta de la proa del «Tritón Volador». Durante unos segundos apareció en la pantalla una informe masa blanquecina, en medio de la cual se veía un oscuro círculo brillante, como si fuera de cristal.

William calculó rápidamente y, según las dimensiones de la pantalla, consideró que el tamaño de lo que veía debía ser de unos dos metros de diámetro el círculo oscuro y como unos diez o quince la masa blanquecina. La efigie en la pantalla desapareció. Browm y Jansen cerraron el escape de oxígeno.

—¿Qué te parece, William —preguntó Dic.

—Es algo inaudito, asombroso.

—Sí. En verdad que no sé de qué puede tratarse —dijo Dic.

Browm y Jansen asimismo hicieron expresivas manifestaciones de asombro.

—¿Qué puede ser, profesor? —preguntó William.

—Estoy tan sorprendido como usted, capitán. Es la más extraña forma que he visto en mi vida.

—Bueno, hay que tener en cuenta una cosa —intervino Browm — y es que no hemos podido televisar toda la proa del aparato. La proyección de la nave ha sido demasiado corta, de forma que no se ha podido coger todo el campo visual que nos interesa.

—Sí. Es preciso repetir el experimento —dijo Jansen—. La pérdida de oxígeno para la experiencia anterior ha hecho ahora que la proyección de la misma sea más corta. Vamos a inyectar más cantidad de oxígeno a los depósitos, al objeto de que la visualidad vuelva a ser la de la vez primera.

De nuevo los dos hombres se dedicaron a ordenar la maniobra para hacer una inyección de oxígeno en los depósitos, tal corno pretendían.

Toda la tripulación del «Tritón Volador» se encontraba no solamente preocupada, sino extraordinariamente interesada por aquella informe masa que había aparecido en la pantalla de la televisión y que nadie podía deducir de qué se trataba. Mientras el equipo preparaba la inyección de oxigeno a los depósitos, Browm, Jansen, Dic y William comentaban extrañados el suceso.

—A todas luces —dijo Jansen— es esa extraña cosa que tenemos en la proa del aparato lo que está frenando la marcha. Por el trozo que hemos televisado es de suponer que no se trata de eso nada más. Quizá ese cuerpo, llamémosle así, sea todavía mucho más luminoso y pueda llegar a pesar varias toneladas. Esto es lo que dotaría a nuestro aparato de un mayor peso y, por lo tanto, haría mucho menos eficaz la actuación de nuestros motores.

Browm dio una ojeada a los aparatos de registro y vio que la presión de los gases dentro de los depósitos había alcanzado el punto deseado para la nueva experiencia.

—Bien. Preparados para la nueva experiencia —dijo Jansen.

De nuevo cada hombre ocupó su puesto y William ordenó:

—Listos, profesor.

Browm y Jansen actuaban las válvulas de seguridad y nuevamente lanzaron al espacio, en la dirección de la proa del

aparato, dos poderosos chorros de oxígeno.

—Televisión —ordenó William.

En la pantalla apareció televisada toda la proa del «Tritón Volador» y gran parte del cuerpo central del mismo.

Ante los ojos de William apareció nítidamente aquel extraño objeto que tanto asombro les había causado antes. Todos los hombres miraban interesadísimos y la luz se hizo en sus cerebros. Aquel cuerpo no era ni más ni menos que un inmenso pulpo de dimensiones colosales que ocultaba entre sus asombrosos tentáculos la mayor parte de la proa del «Tritón Volador» hasta cubrirla casi por completo.

—Indudablemente lo que habíamos visto en la primera televisión era una parte de su cuerpo con uno de sus ojos.

—Así es, profesor Jansen —asintió Browm.

— ¡Demonio de monstruo!… —dijo Dic—. ¿Cómo es posible que se encuentre ahí?

—La cosa se debe probablemente al azar —dijo William—. Cuando nos sumergimos para hacer el despegue del «Tritón Volador», en el momento de salir debimos pillarlo por delante. El animal se sintió atacado y se adhirió fuertemente a su contrincante.

—¿Pero cómo demonios se encuentra todavía ahí? —preguntó Dic.

—Eso es natural —contestó Browm—. Nuestro escape de la atmósfera de Atomón ha sido muy rápido, por lo tanto, ese animal se encuentra ya muerto, pero congelado, de forma que se halla adherido a la parte anterior de nuestra astronave como si estuviera soldado a ella.

—Se trata de un animal monstruoso —dijo William.

En aquel momento la imagen reflejada en la pantalla desapareció.

—¿Qué sucede?

—Es que el oxígeno ya no tiene la suficiente presión para alcanzar la distancia necesaria —dijo Browm.

—De todas formas, es suficiente —replicó Jansen.

—¿Qué peso le pone usted, profesor? —preguntó Dic.

—Aproximadamente de unas ochenta a cien toneladas.

—Sí. Eso es lo que creo yo —dijo Dic—, Debe pesar de ochocientos mil a cien mil kilos, aproximadamente.

—Nuestro aparato no está en condiciones de hacer el viaje de regreso a la Tierra con esa carga adicional de unos cien mil kilos de

peso. Perderíamos el control de nuestra astronave aunque pudiéramos emplear parte de la carga de retroceso destinada al aterrizaje; luego, nos encontraríamos con el inconveniente de que la nave y el peso adicional que lleva en la actualidad vencerían la carga de retroceso de nuestros motores.

—Es preciso que nos deshagamos de ese monstruo —dijo William.

—Sí. Eso es evidente —dijo Dic—. ¿Pero de qué manera podemos deshacernos de él?

—Veamos. Tal vez ordenando una maniobra de la astronave consigamos desprenderlo de ese punto.

Luego, ordenó:

—¡Atención, piloto!... Vamos a realizar una maniobra en ángulo de noventa grados.

Browm y Jansen comprendieron en seguida.

—Sí. Tal vez eso sea un buen procedimiento. Acelerando el «Tritón Volador» y volviéndose rápidamente hacia la izquierda o hacia la derecha quizás consigamos que la inercia arranque esa terrible masa del cefalópodo de la proa de nuestro aparato.

—Sujétense todos fuertemente —volvió a ordenar William—; aunque los amortiguadores de cambio de dirección están adaptados a nuestra nave, la violencia con que vamos a hacerlo ahora puede lanzar a alguien contra la pared opuesta y producirle algunas heridas.

Todos los hombres que poblaban el interior de la astronave ocuparon sus puestos rápidamente y se amarraron fuertemente por medio de los cinturones de seguridad. William fue revisando una por una las ataduras de los mismos, hasta quedar convencido de que todos se encontraban fuertemente aprisionados. Luego, ocupó él su puesto y asimismo se ató al asiento con los cinturones de seguridad.

—¡Atención, piloto! —dijo William—. ¿Preparado para la maniobra?

—Preparado —contestó el piloto.

—Aceleración al máximo de los motores

—Aceleración al máximo de los motores —volvió a repetir el piloto.

—Deriva de 85 grados a la derecha —ordenó William.

La nave sufrió una tremenda sacudida como consecuencia de la realización de la maniobra que había ordenado William. Los

poderosos cinturones que sujetaban a los terrestres en sus asientos crujieron como las jarcias de un navío azotado por el temporal.

La astronave siguió a toda velocidad en la nueva dirección hasta que William volvió a ordenar:

—Deriva 85 grados a la izquierda.

Nuevamente otra sacudida incrustó las tiras de plástico de los cinturones de seguridad en las carnes de los terrestres.

Así se repitió la maniobra como una docena de veces hasta que William dio orden de continuar en línea recta.

—Bien. Como intento ya es suficiente —dijo éste mientras se desataba.

—¡Demonios! Creo que no hubiera podido soportar un nuevo tirón del aparato —exclamó Jansen.

—Lo mismo digo —dijo Browm.

Rápidamente Dic y William ayudaron a los dos hombres, algo maltrechos, a liberarse de sus ataduras para que pudieran hacer los cálculos necesarios sobre la velocidad y potencia de los motores, al objeto de ver si había desaparecido ya la inmensa mole que bloqueaba la proa de la nave sideral.

Browm y Jansen se lanzaron rápidamente hacia los cerebros electrónicos que utilizaban para estos casos y volvieron a hacer los cálculos precisos.

Todos miraban con gran atención a aquellos dos hombres, tratando de adivinar en su mirada el resultado de las operaciones. Por fin levantaron la cabeza. Un gesto de desesperanza se dibujaba en el rostro de los dos hombres.

—Nada… nada. Seguimos en la misma situación —dijeron.

Un silencio pesadísimo cayó sobre todos los miembros de la tripulación.

—¿Qué podemos hacer, pues, profesor?

—Volveremos a televisar la proa de nuestro aparato, al objeto de ver si se ha modificado en algo la condición en que se encuentra.

Nuevamente se volvió a preparar todo para realizar la experiencia como en los casos anteriores

Poco después se reflejaba en la pantalla de la televisión la horrible figura del monstruo marino, que seguía adherido fuertemente a la proa de la nave

—En fin —dijo Jansen, mientras desaparecía la figura de la pantalla—; no es suficiente la inercia para despegarlo de ahí. El animal debió adherirse con sus poderosas ventosas a las paredes del

«Tritón Volador», la baja temperatura lo ha congelado y ha hecho que forme una masa casi fundida con las paredes de nuestra astronave.

—Yo creo —dijo Dic— que la cuestión se resolverá en cuanto entremos en contacto con la atmósfera de nuestro planeta. El roce de nuestra astronave hará que crezca tanto la temperatura alrededor del «Tritón Volador» que se fundirá fácilmente el terrible pulpo que dificulta ahora nuestro vuelo.

—Sí. Eso es cierto —dijo Browm—. Pero entonces sería demasiado tarde. Habríamos tenido que consumir gran parte de las cargas destinadas a frenar la marcha de nuestro aparato para el aterrizaje en conseguir alcanzar la línea de gravitación de la Tierra. Luego, no podríamos frenar y caeríamos a tremenda velocidad hasta hundirnos en las entrañas mismas de nuestro planeta.

Todos comprendieron la gran verdad de las palabras expresadas por el profesor Browm.

De pronto, William se dio una palmada en la frente.

—¡Ya está, ya está! Quizá tenga ya la solución.

—Diga..., diga, capitán —preguntó Jansen con ansiedad.

—Es cierto lo que dice Dic. La gran temperatura que puede producirse en la atmósfera de la Tierra acabaría descongelando al animal e incluso vaporizándolo. Pues bien; quizá nosotros podríamos dar a la parte anterior de nuestra astronave una temperatura tal que acabe descongelando el punto de contacto entre el pulpo y nuestro aparato.

—Cierto —dijo Browm-—. Esa es la solución. Podemos calentar el exterior de la proa desde el interior de la astronave.

Rápidamente todos se pusieron en movimiento para realizar aquel proyecto sugerido por William. La mayor parta de la tripulación del «Tritón Volador» se dirigió hacia el extremo anterior del aparato y comenzó a trabajar febrilmente bajo las órdenes de Browm y Jansen. Se trataba de adaptar unas poderosas resistencias eléctricas a las paredes interiores de la proa del aparato, resistencias que estarían alimentadas por el equipo generador de energía eléctrica que servía para la calefacción del aparato, sometido a las terribles temperaturas interestelares.

Durante una hora todos los hombres trabajaron rápidamente y en silencio. Por fin, pudieron dar por terminada su tarea.

—Bien —dijo Jansen—. Antes de que conectemos nuestro generador eléctrico a las resistencias es preciso que calentemos hasta el máximo la cabina en que vamos a permanecer todos. La

existencia en este sector de la nave se hará imposible por la gran cantidad de calor que se producirá. Por otro lado, la existencia en cualquier otra cabina de la astronave será difícil porque rápidamente descenderá la temperatura y quizá sería mortal para todos nosotros. Yo calculo, según el potencial eléctrico de que disponemos y el grosor de las paredes de nuestra astronave, que necesitaremos unos minutos para calentar las resistencias suficientemente como para conseguir nuestro objetivo. Sin embargo, a la temperatura normal, cualquiera de las cabinas que nosotros habitamos tardaría escasamente treinta segundos en descender a 270 grados bajo cero. Por lo tanto, hemos de calentar previamente una de nuestras cabinas y meternos en ella a una temperatura que casi queme nuestra piel. Será la única manera de poder soportar todo este tiempo.

Las cosas se hicieron como había previsto Jansen y se preparó la cabina contigua al lugar donde iba a realizarse la operación para que fuera habitada por todos los hombres de la tripulación del «Tritón Volador». La cabina de pilotaje fue abandonada y se puso el piloto automático para que rigiera el vuelo durante el tiempo que durara el experimento.

Por último, Jansen dio las últimas instrucciones.

—En el momento en que yo haga la conexión de nuestro generador de energía eléctrica a las resistencias puestas en las paredes interiores de la proa del «Tritón Volador», todos se encerrarán en la cabina contigua durante el tiempo que dure el experimento. Una vez lo hayamos realizado saldremos rápidamente y nos situaremos de nuevo en la proa, la cual se habrá enfriado lo suficiente, si Dios quiere, para que podamos liberarnos del frío que parará a atenazamos en la cabina contigua. Dadas las últimas instrucciones, se dispusieron todos a realizar la experiencia

CAPITULO II

LOS segundos fueron pasando en el mayor silencio. Todo el equipo de expedicionarios se había concentrado en la cabina que estaba al lado de la proa, donde las resistencias eléctricas comenzaban a producir gran cantidad de calor. Los profesores Browm miraban fijamente sus cronómetros, al objeto de determinar el momento exacto en que debía hacerse la desconexión a distancia del generador eléctrico conectado a las resistencias.

Todos los miembros de la tripulación fijaban sus ojos como hipnotizados en estos dos hombres de cuyo acierto dependía la vida de todos.

—Faltan tres minutos para hacer la desconexión —dijo Jansen.

—Y luego, ¿qué tiempo tendremos que esperar? —preguntó William.

—Por lo menos otros tres minutos antes de que podamos abrir la puerta de comunicación con la cabina de proa del aparato.

William y Dic comenzaron a mirar sus cronómetros con frecuencia. La hermética cabina, calentada previamente, comenzaba a perder gran cantidad de calor. Todos los hombres estaban apiñados, procurando conservar el calor que sus propios cuerpos tenían.

—Faltan dos minutos —volvió a decir Jansen.

Los hombres de la tripulación se volvieron a mirar entre sí y William pudo observar en sus miradas una interrogación que ponía en duda la posibilidad de realizar la experiencia sin menoscabo de sus organismos.

—Muchachos, no os apuréis. Los cálculos están bien hechos y es de suponer que todo saldrá a la perfección.

—Oye, William, creo que sería conveniente que no permaneciésemos en tal inmovilidad.

—Sí —dijo Browm—. Lo mejor sería hacer algún movimiento. Esto prolongaría durante unos segundos nuestras posibilidades de permanencia en esta cabina.

—Bueno, a partir de este instante vamos a procurar poner nuestros músculos en tensión al objeto de consumir las propias calorías internas.

Los segundos fueron pasando y la situación se fue haciendo por momentos insostenible. La cabina estaba perdiendo rápidamente el

calor interior y los segunderos de los cronómetros parecían avanzar más lentamente que en otras ocasiones.

—¡Atención! —dijo Jansen—. Preparémonos para hacer la desconexión.

William tenía entre sus manos un pequeño aparato de control a distancia para desconectar el generador eléctrico a voluntad.

—Estoy preparado, profesor.

Jansen fue contando en voz alta los segundos que faltaban para realizar aquel acto.

—Ocho, siete, seis, cinco, cuatro, tres, dos…, uno…, cero. ¡Ahora! —dijo sin poder contener en su voz un hálito de nerviosismo.

William pulsó un pequeño botón y la aguja de registro dio la señal de haberse interrumpido la corriente.

—Ya está, profesor.

Todos los hombres se miraron con esperanza. La habitación comenzaba a estar muy fría.

Pasó un minuto más y casi todos los hombres comenzaron a sentirse molestos. Poco tiempo después, tiritaban todos de tal forma que parecían encontrarse a la intemperie en una de las regiones heladas de la Tierra. Habían pasado dos minutos y la situación se hacía cada vez más insostenible,

—En estos momentos nos encontramos a 25 grados bajo cero —dijo uno de los oficiales de la tripulación.

—Es preciso hacer el máximo movimiento posible —dijo William. y dando ejemplo, comenzó a hacer una serie de furiosos movimientos gimnásticos, al objeto de nivelar la terrible temperatura que iba reinando en el interior de la cabina. Todos los hombres siguieron su ejemplo y en un instante el reducido espacio en el que se encontraban pareció la sucursal de un manicomio, donde todos a un tiempo hubieran sufrido un ataque de furiosa demencia.

Los mismos profesores Browm y Jansen, a pesar de sus años, intentaban moverse con todas sus energías. Por último, la temperatura se hizo totalmente insoportable. Los hombres se sentían ateridos por el frío y se sentían cada vez más incapaces de realizar movimiento alguno.

Uno de ellos no pudo soportar por más tiempo la situación y se abalanzó hacia la puerta de comunicación con la cabina de proa. William apenas si tenía fuerzas. Reuniendo todas sus energías llegó

a tiempo de impedir que realizara su intento aquel hombre, que al ver aquel obstáculo se debatió durante unos segundos y William no tuvo otro remedio que golpearle duramente en la mandíbula lanzándole al suelo.

—Que nadie se mueva —gritó—. Faltan ya pocos segundos para que podamos abrir esa puerta sin peligro.

En aquel «pandemónium» en que todos los hombres se agitaban desesperadamente sonó, de pronto, una risa escalofriante.

William aún pudo ver con el rabillo del ojo cómo el profesor Browm cesaba de moverse y, con la cara atenazada por un extraño rictus, se desplomaba en el suelo, mientras continuaba con aquella endemoniada risa, capaz de sobrecoger el ánimo más templado. Los demás hombres de la tripulación observaron también el fenómeno, pero fueron incapaces de abandonar su extraña actitud.

Los segundos fueron pasando cada vez más lentamente y, por fin, el profesor Jansen, con voz jadearte y temblorosa, pudo murmurar:

—Ha llegado el momento.

William, temblando como un azogado, se dirigió hacia la puerta de comunicación. Sus manos apenas si obedecían el movimiento ordenado por el cerebro. Con gran dificultad pudo asirse al pomo de la puerta. Luego, reuniendo las pocas fuerzas que le quedaban, lo hizo girar. La puerta se abrió un centímetro.

Una bocanada de aire caliente inundó la habitación. Por un momento pareció que el aire les faltaba para los pulmones ansiosos de respirar. Algunos hombres comenzaron a sangrar por las narices y los oídos. La temperatura fue subiendo a tal extremo que resultaba agobiadora.

Si horrible había sido la prueba anterior, otro tanto sucedía con la nueva situación. Las masas de aire caliente que entraban en la habitación continuaban elevando la temperatura, de tal modo que todos los hombres sentían su quemadura en la piel. Fue William el que, arrastrándose como pudo por el suelo hacia la cabina de proa y bajando una pequeña palanca, que se encontraba en la pared izquierda, puso en comunicación los ventiladores interiores de la astronave.

Unos segundos después, la masa de aire caliente que llenaba las dos cabinas se fue repartiendo a lo largo de toda la nave y mezclándose con aire fresco, que comenzó a hacer más soportable la situación a aquellos esforzados seres.

Poco a poco fueron reponiéndose los miembros de la tripulación.

Cada uno atendía a su propia recuperación y tuvo que ser William el que dio el alerta.

—¡Pronto, pronto! Hay que auxiliar al profesor Browm.

De pronto se dieron todos cuenta de la situación en que éste se encontraba. Estaba en el suelo, con la cara contraída por un rictus extraño y los miembros retorcidos en actitud dramática.

—Sufre una congelación. Es preciso hacerlo reaccionar. Dic, ayúdame. Vamos a desnudarlo.

Entre los dos hombres y algunos miembros de la tripulación que comenzaban a reaccionar comenzaron a desnudar al profesor Browm. Luego, se lanzaron a friccionarlo enérgicamente por todo el cuerpo. El sudor comenzó a perlar la frente de los que se dedicaban a esta tarea.

—No hay que desistir. Tú, Dic, hazle la respiración artificial. Los demás, seguid frotando con todas vuestras fuerzas.

A pesar de que todos los hombres estaban exhaustos por los acontecimientos vividos, doblegaron su ímpetu como les indicaba William.

Pasó un minuto sin que éste diera señales de recuperarse. Dic le movía los brazos para hacerle la respiración artificial, mientras que los otros continuaban frotándole el resto del cuerpo. Por fin, el profesor Browm pareció reaccionar. Intentó levantarse, pero le fallaron las piernas. Poco después se encontraba perfectamente arropado, mientras el cocinero de la nave le preparaba con toda rapidez un ponche, del cual decía era cosa milagrosa para hacerle recuperar las fuerzas.

—¡Caramba! —dijo Browm, ya un poco más animado—. Parece ser que me había congelado, ¿no?

—Afortunadamente, ya pasó todo, querido Browm —dijo Jansen, con un suspiro de satisfacción.

—Era un frío endemoniado —repuso éste—. Ni en mis largas expediciones al Polo Sur de la Tierra había pasado tanto frío como en esta endemoniada cabina.

—Sí. La cosa ha estado muy cerca de costamos la vida a todos.

Una vez ya repuestos todos de las calamidades pasadas decidieron comprobar los resultados de la experiencia. Adiestrados ya por la operación que habían realizado anteriormente, en pocos segundos quedaron conectados los tubos de oxígeno a las válvulas de escape.

Poco después. William pulsaba el botón del teleradar y en la

pantalla se reflejaba nítida y sin traba alguna la proa del «Tritón Volador».

—¡Estupendo! —dijo Dic sin poderse contener. Hemos conseguido desprendernos de ese maldito animal.

—Bien. La cosa ha salido como era de desear —dijo Jansen, lleno de satisfacción—. Ahora es preciso que no vuelva a sucedemos ningún otro incidente

Cada hombre volvió a ocupar su puesto, mientras William, Dic y Jansen continuaban cambiando impresiones.

—¿Y no le parece, profesor —dijo William—, que debíamos establecer contacto con la Tierra?

—Sí. Me parece primordialísimo.

—Tú, Dic, puedes quedarte al mando de la nave, mientras el profesor y yo procuramos ponernos en contacto con la Tierra.

—De acuerdo, William.

—Procura tener los ojos bien abiertos.

—No te preocupes. Ten la seguridad de que tendré sumo cuidado en todas mis tareas.

Decidido así, Jansen y William se dirigieron hacia la cabina de telecomunicaciones.

—Vamos a ver —dijo Jansen al encargado de la telecomunicación— si podemos establecer contacto con la Tierra.

El encargado puso en marcha distintos aparatos y lanzó la señal de reconocimiento para la base del almirante Licester. Pasaron unos segundos sin que se consiguiera respuesta alguna a las llamadas incesantes que se hacían.

—No sé, profesor. Parece que no contestan.

—¿No será que se ha estropeado algo?

—No. Precisamente antes de venir ustedes había hecho revisión de todos mis instrumentos de control. Está todo en perfecto orden.

—Insista usted.

El encargado de comunicaciones continuó durante varios minutos lanzando la señal de reconocimiento, sin obtener respuesta alguna.

—Esto sí que me parece peor —dijo William.

—¿Qué puede haber sucedido? Porque en la base del almirante Licester hay un servicio permanente con respecto a nuestra nave, es decir, que no cabe ni siquiera la posibilidad de que en estos momentos no funcionen los aparatos de telecomunicación. ¿No le

parece: William?

—Sí, pero no puedo dar explicación alguna. Simplemente, que no contestan.

Durante más de una hora Jansen y William intentaron el contacto con la Tierra, pero todo fue inútil. De vez en cuando y de una manera esporádica llegaban hasta los receptores algunas señales de radar que, evidentemente, no iban dirigidas a ellos.

—Sí. Esas son las ondas no reflejadas del radar de la Tierra -— dijo Jansen—, o sea, quizás ondas emitidas por el radar de algunos barcos o algunos aviones, pero a todas luces no van con nosotros.

Por fin tuvieron que abandonar su empresa, no sin antes ordenar al jefe de comunicaciones que insistiera constantemente en establecer comunicación con la Tierra. De este modo se retiraron los dos hombres a descansar, mientras Dic mantenía la guardia.

Y así fue la primera noche pasada en la astronave de regreso a la Tierra. Noche que abría amorosamente sus brazos al cansancio de aquellos hombres, pero que, al mismo tiempo, abría un desconcertante signo de interrogación respecto a su futuro.

CAPITULO III

EL resto del viaje transcurrió sin que ningún nuevo incidente viniera a turbar las posibilidades de llegar a la Tierra del «Tritón Volador». Pero esto, sin embargo, no quitó la preocupación del corazón de William. Durante todo el trayecto estuvieron intentando inútilmente entablar comunicación con la Tierra; por fin, Dic, que estaba en aquel momento de guardia, pudo dar la voz esperada.

—¡Atención! Nos encontramos en las proximidades de la atmósfera terrestre.

William hizo una última inspección a la nave para cerciorarse de que estaba todo a punto de hacer el aterrizaje.

—Realmente estamos preocupados, capitán —dijo Browm, que ya se encontraba en perfectas condiciones físicas—. ¿Qué demonios ocurrirá para que no contesten a nuestra llamada en la base del almirante Licester?

—Eso es lo que me preocupa, profesor.

—No comprendo a qué pueda ser debido. Cierto que los instrumentos que se emplean para entablar comunicación con él son delicadísimos, pero afortunadamente hoy en día disponemos de material más que suficiente para poder reponer cualquier equipo que se estropeara.

—Espero que pronto saldremos de dudas —terció Jansen—. Cuando entremos en contacto con la atmósfera de la Tierra podremos escuchar las ondas normales de radio. Entonces, nos será fácil ponernos en comunicación con cualquier emisora del Gobierno.

Así las cosas, la nave continuó avanzando a su velocidad de meteoro hasta que de nuevo fue Dic el que dio la noticia.

—En este momento nos encontramos en la capa superior de la atmósfera terrestre.

—Está bien —dijo William—. Variación de vuelo, noventa grados a estribor.

El piloto hizo la maniobra rápidamente y el «Tritón Volador» comenzó a volar dando la vuelta a la Tierra.

—Preparada carga de retroceso —volvió a ordenar William.

—Preparada carga de retroceso —dijo el encargado del servicio.

—Potencia de retroceso, 0,10 —ordenó de nuevo William.

Retroceso, 0,10 -—comunicó el encargado de aquella sección.

El «Tritón Volador» comenzó a perder velocidad, frenado por las cargas de retroceso al décimo de su potencia.

William consultaba incesantemente sus instrumentos, mientras el profesor Jansen y el profesor Brown le daban datos auxiliares, imprescindibles para hacer la maniobra.

—Potencia de retroceso, 0,25 —volvió a comunicar William al encargado de la maniobra.

—Cero veinticinco —le contestó éste.

Nuevamente el «Tritón Volador» fue aminorando su marcha.

—Cero cuarenta de potencia —volvió a ordenar William.

—Cero cuarenta —contestó el encargado de los instrumentos que ponían en acción el motor de retroceso.

—Cero cincuenta.

Y así fue William ordenando gradualmente la pérdida de velocidad del «Tritón Volador» y el maravilloso aparato, producto de la gran fecundidad de los ingenios de la Tierra, obedecía dócilmente a la maniobra.

Por fin el «Tritón Velador» se encontró sobrevolando la Tierra a una velocidad prudencial.

—Bueno, vamos a ver si conseguimos localizar la base del almirante Licester —dijo William—. ¿En qué posición nos encontramos, piloto?

El piloto le dio la referencia pedida.

—Entonces, diez minutos de vuelo nos colocarán sobre el lugar del Océano Pacífico en que se encuentra la base —dijo William al escuchar los datos.

Y luego de consultar unos informes recién recibidos de los profesores Brown y Jansen, ordenó:

—Variación dos grados a estribor.

La nave obedeció dócilmente al mando del piloto y cambió su rumbo para dirigirse diligentemente hacia el lugar donde debía encontrarse la base del almirante Licester, que habían abandonado hacia algún tiempo y que, sin embargo, parecía a todos que hacía siglos que la habían dejado atrás.

William y Dic calculaban sobre la carta geográfica la posición de la misma y la nave era dirigida hacia allí con precisión infalible.

Cuando pasó el tiempo requerido entraron volando a mucha altura sobre el lugar del Océano Pacífico donde debía encontrarse la base del almirante.

—Vamos a descender —dijo William.

El «Tritón Volador» fue descendiendo poco a poco mientras describía una amplia espiral que se iba cerrando a medida que se iba aproximando a la superficie del mar.

—Hemos elegido un mal momento —dijo el observador—. Nos encontramos en medio de una gran tempestad.

—Bien. De todas formas, bajaremos más.

El aparato descendió a una altura de seiscientos metros sobre la superficie del Océano.

—Intentemos localizar con el radar la base —ordenó William.

Los aparatos de radar se pusieron en marcha y barrieron con sus ondas la superficie encrespada del Océano.

—No, capitán —dije el jefe de radar—. Nuestra base no se encuentra por estos alrededores. Es más, creo que nos encontramos en un paraje totalmente desierto del océano. Las ondas del radar no delatan la presencia de ningún navío por estos alrededores.

—¿Qué tal es la visibilidad? —preguntó Dic.

—Muy mala, capitán —contestó el observador—. Tenemos nubes a unos seiscientos metros del agua.

—William, ¿podríamos bajar algo más, al objeto de hacer una inspección ocular?

—Sí. Creo que no hay inconveniente.

William ordenó la maniobra y, poco después, el «Tritón Volador» atravesaba la masa casi compacta de nubes, para descubrir luego ante los ojos de los terrestres la gran superficie del Océano, sacudida por un violento temporal.

—Comprendo que el almirante Licester haya retirado la base —dijo el profesor Jansen.

—No, profesor. No estoy de acuerdo con usted. La base está precisamente calculada —manifestó William— para soportar estos temporales. Si ha desaparecido de ahí…

Las palabras que no se atrevió a pronunciar William quedaron flotando en el ambiente, turbando los corazones de toda la tripulación.

Ni la visión directa ni los instrumentos de radar pudieron dar con la base del almirante Licester.

—Vamos a ensanchar la zona de nuestro vuelo —dijo William.

La nave comenzó su vuelo circular, abaleando cada vez más amplia zona de la superficie. De todos modos, todo fue inútil. Ni por asomo se veía, no ya la base del almirante Licester, sino ni siquiera una sola embarcación.

—No lo comprendo —dijo William—. Cierto que hay un temporal tremendo, pero en situaciones así y aun peores son capaces de navegar nuestros barcos y no digamos de aquellos a los cuales les haya sido forzoso capear un temporal de esta especie, por pillarlos a mitad de camino de su trayecto.

—Pues es la realidad, William. ¿Qué crees que debemos hacer? —preguntó Dic.

—De momento, vamos a elevarnos.

El «Tritón Volador» abandonó su desesperante búsqueda y volvió a coger altura.

—¿A qué distancia de la superficie podríamos captar mejor las ondas de radio, profesor Browm? —preguntó William.

—Creo que a unos dieciocho mil metros estará bien.

El «Tritón Volador» alcanzó en pocos segundos esa altura y los aparatos receptores de la astronave se pusieron en funcionamiento.

Aunque de una manera imperfecta, porque esta zona se encontraba azotada por una gran tempestad, empezaron a llegar sonidos, a veces incoherentes, pero que indicaban una cierta actividad en las emisoras de la Tierra.

—¡Loado sea Dios! —dijo Jansen—. Aunque apenas oigo algo, no sabe, capitán, la paz y tranquilidad que lleva a mi corazón el escuchar esos sonidos.

—Sí. Al fin y al cabo, vienen de la Tierra —dijo Dic.

—¿No sería posible conectar con alguna emisora? —preguntó William.

El encargado de las comunicaciones fue centrando sus instrumentos y, por fin, pudieron escuchar algunas palabras ampliadas por el altavoz del equipo.

«Situación... Terribles circunstancias...»

—¡Caramba! —dijo Dic—. No me gusta nada eso.

—Todavía no podemos decir de qué se trata —contestó William, que no había perdido la serenidad.

Poco después volvían a oírse unas palabras por la radio:

«En consecuencia, todos los oficiales de la reserva se incorporarán en el breve plazo...»

—Oye, William. Me parece que eso sí que tiene importancia.

—Sí. Si es lo que sospecho, sí que la tiene.

—Yo diría que es un llamamiento a filas de todos los reservistas —continuó Dic.

—Eso mismo creo yo.

El encargado del equipo de comunicaciones se esforzaba en localizar una emisora, pero las condiciones atmosféricas eran pésimas y apenas si se localizaba un retazo que otro de lo que en estas emisiones se decía.

Poco después podían escuchar algo más coherente de lo oído hasta aquel momento.

«Por consecuencia, queda terminantemente prohibido cualquier vuelo de la aviación civil en toda la Tierra. Firmado, Ernest Lambert.»

Después de unos segundos de silencio, la voz del speaker continuó:

«Señores, acaban de escuchar ustedes la lectura del parte facilitado por la Secretaría General del Congreso Mundial de Aviación Civil, respecto a la disposición de prohibir cualquier vuelo que no obedezca a necesidades militares mientras la situación actual se mantenga. Rogamos a todos nuestros radioescuchas que conserven la calma y serenidad. Seguiremos dando noticias cada diez minutos. No cierren los receptores de radio.»

Poco después podía escucharse, a través del altavoz, una música ligera, radiada con toda evidencia k para quitar importancia a la gravedad de las noticias difundidas.

William, Dic y el profesor Jansen se miraron con asombro.

—Te digo William que cada vez me da esto más mala espina.

—Sí —dijo Jansen—. Parece como si la Tierra...

El profesor se detuvo como temeroso de pronunciar las fatales palabras.

—Sí, termine usted profesor —animó William— Quiere usted decir como si la Tierra hubiera entrado en un conflicto bélico.

—Pues así parece, capitán —dijo Jansen—. La suspensión de todos los vuelos de la aviación civil, la desaparición de la base del Almirante Licester, el extraño silencio que se ha guardado en la Tierra con respecto a nosotros... En fin, no se qué pensar de todo esto.

—Es preciso que conectemos con alguna de las emisoras-receptoras de la Tierra —dijo William.

El oficial de comunicaciones comenzó un juego endiablado con todos los instrumentos que tenia ante sí. La señal de reconocimiento fue emitida en distintas longitudes de onda y, por fin, pudo apercibirse en el cuadro de mandos una señal de respuesta.

—¡Pronto!... —dijo Dic— Centre bien esa emisora

Así lo hizo el oficial de comunicaciones y, poco después, podía percibirse claramente:

—...«Aquí base militar de los Estados Unidos en Groenlandia»...

Pasados unos segundos se volvió a oír:

—...«Aquí, base militar de los Estados Unidos en Groenlandia. Hablen».

William ocupó el puesto del oficial de comunicaciones y se dispuso a hablar con su lejano intérprete.

—Expedición «Tritón Volador» de regreso a la Tierra... Expedición «Tritón Volador» de regreso a la Tierra. ¿Con quién hablo?

—¿Cómo? —se oyó preguntar con voz asombrada al interlocutor —. ¿El «Tritón Volador»? Un momento. Un momento, voy a llamar al jefe de base.

Pasaron unos segundos angustiosos y luego, se escuchó una voz firme y excitada.

—...«Aquí Comandante Jefe de la base de los Estados Unidos en Groenlandia. Escucho».

William expuso en breves palabras la situación en que se encontraban.

—«... ¡Albricias!»

Pudo escuchar esta expresión a través del amplificador de su aparato receptor.

—«...Por fin sabemos algo de ustedes».

—¿Pueden ponernos en comunicación con el Estado Mayor?

—«...Sí, capitán William. Intentaremos hacerlo. ¿Se encuentran en situación apurada?»

—No. Volamos normalmente. Pero ha desaparecido la base nuestra de aterrizaje.

—«...Voy a intentar ponerles en comunicación con el Estado Mayor de Washington.»

Los minutos fueron pasando y, poco después, William y los demás pudieron oír de nuevo:

—«...Capitán William, están ya en comunicación, a través de nuestras emisoras. Nos encontramos ante un terrible fenómeno atmosférico y no puede entablar comunicación directa con el Estado Mayor de Washington. Lo hará a través de nuestra emisora. Hablen.»

—«...Capitán William, capitán William... —se oyó por el micrófono— ¿Cómo va la expedición de regreso?»

—Estamos todos bien. El «Tritón Volador» funciona perfectamente.

—«...Aquí el General Jefe del Estado Mayor».

—A sus órdenes, General Wallas —dijo el capitán William que conocía de antiguo a este inteligente y adusto militar.

—«...¿Cómo van las cosas, muchacho?».

—Van bien. Lo que no podemos comprender es qué ha sucedido con la base del Almirante Licester.

Durante unos segundos su intérprete quedó con la palabra cortada.

—« ...Es largo de explicar, capitán; pero desechen toda idea de aterrizar en la base del Océano Pacífico».

—¿Qué debemos hacer entonces?

—« ...Lo mejor será que aterricen en la península de California. El resto de nuestras costas se encuentran azotadas por un violentísimo temporal».

—De acuerdo, General. Entonces nos dirigimos haría allí.

—«...Sí. Desde este momento daré las órdenes oportunas para que les auxilien en todo lo posible en este aterrizaje forzoso. Corto».

William y Dic se miraron consternados y, luego, dieron las órdenes oportunas para dirigirse a la bahía de California.

Algún tiempo después, avistaban la península en lontananza.

— ¡Preparados para el aterrizaje!... —dijo William.

El «Tritón Volador» voló en círculo durante unos segundos y luego, inclinando suavemente la proa, fue a posarse en las dependencias militares de la bahía.

CAPITULO IV

QUE lejos estaba aquél de ser el recibimiento que hubiera sido previsible en el momento ele partida del «Tritón Volador» hacia su lejano objetivo de Atomón.

La maniobra se había logrado fácilmente y en aquellos momentos la poderosa astronave se balanceaba suavemente a escasos centenares ce metros de la base en tierra firme.

Tanto William como los demás hombres que tripulaban el aparato se encontraban asomados a la barandilla exterior del mismo, mientras veían avanzar hacia ellos, en impresionante silencio, media docena de embarcaciones a motor.

Poco después, las lanchas motoras atracaban al costado de la astronave y un hombre, seguido de tres o cuatro oficiales, ascendía por las escaleras destinadas a tal uso.

—A sus órdenes, Almirante Tárrington —dijo William que había conocido al Almirante Tárrington en el huésped que llegaba de aquella manera al «Tritón Volador».

—Querido capitán, —dijo el Almirante, mientras estrechaba entre sus brazos a William.

Luego los saludos se generalizaron entre éste y los demás miembros responsables de la tripulación del «Tritón Volador».

—Siento que este sencillo acto sea el único que podamos brindarles para recibirles después de la heroica gesta que han realizado, pero las circunstancias en la Tierra son de tal índole que ha sido imposible hacer otra cosa.

—No se preocupe por ello. Almirante —dijo William—. Estamos terriblemente sorprendidos. ¿Es que acaso hemos entrado en guerra con algún país?

—No. No es eso, capitán. Pero, vamos, pues les están esperando en el Estado Mayor. Ya les explicaremos.

William, Dic, Jansen y Browm saltaron a la lancha del Almirante Tárrington, mientras los demás miembros de la tripulación, excepto una pequeña guardia, lo hacían en las otras lanchas.

Una vez llegados al puerto, subieron los jefes de la expedición en dos coches que les estaban esperando y partieron velozmente hacia el departamento del Estado Mayor que correspondía a aquella región.

William, que había subido en el primer coche, en compañía del

profesor Jansen y el Almirante Tárrington, no se atrevió a despegar los labios durante todo el trayecto. La mirada de preocupación que tenía el Almirante y su silencio eran indicadores de que la situación era extremadamente grave. William guardó, pues, silencio y esperó a que llegara el momento en que le fueron explicadas las cosas.

Así llegaron al amplio edificio que albergaba a aquella sección del Estado Mayor. Poco después.

William y Jansen, como asimismo Dic y Browm, se encontraban sentados alrededor de una mesa, en la cual tomaban asiento junto con el Almirante Tárrington varios importantes jefes del Estado Mayor.

Capitán William —dijo Tárrington, apenas hubieron tomado todos asiento— en este momento estamos esperando contestación a la nota que hemos enviado al Gobierno de los Estados Unidos y a su Presidente como Jefe Supremo de las Fuerzas del Aire, Mar y Tierra, respecto de la llegada del «Tritón Volador» Mientras, les pondré a ustedes en antecedentes de lo que ocurre:

«Desde hace varios días, la mayor parte de la superficie del planeta se encuentra azotada por una serie de fenómenos meteorológicos, cuya magnitud e intensidad no eran conocidas hasta ahora por nosotros».

—De ello tenemos pruebas evidentes —dijo William—. Nuestro «Tritón Volador» ha volado en medio de una terrible tempestad magnética. Asimismo nuestra visión de la superficie del Océano ha sido desconsoladora.

—Lo que no sabe usted, capitán William —continuó Tárrington — es que la violencia alcanzada por el temporal ha sido de tal índole que he de comunicarle que la mayor parte de nuestra flota ha sido hundida.

Estas inesperadas palabras casi cortaron el aliento de los recién llegados.

—¿Cómo dice usted, Almirante?

—Sí, capitán William. Esa es la triste verdad. En las primeras horas de desencadenarse el temporal, la violencia del mismo llegó a tal punto que nuestros barcos se hundieron como débiles cascarones en las profundidades del Océano. Gran cantidad de ciudades de la costa y aún del interior de nuestro planeta han sido totalmente arrasadas. París ya no existe. Lo mismo puedo decirle de otros centros urbanos importantes como Calcuta y Moscú.

—Pero, bueno —exclamó William—. Perdóneme que le interrumpa, Almirante, pero eso que me dice es algo

verdaderamente fantástico. Es como una pesadilla.

—Sí, pero por fantástico que parece es cierto. En la actualidad nos encontramos profundamente desconcertados. Hemos entablado contacto con todos los Gobiernos de la Tierra y casi todos han sufrido catástrofes de tipo semejante. Las medidas a adoptar son insuficientes para frenar este ímpetu desencadenado de la naturaleza que parece querer acabar con le especie humana. Precisamente, la llegada de ustedes nos ha hecho concebir la esperanza de que tal vez traigan la explicación para este fenómeno.

Jansen se sintió aludido por estas palabras y dijo:

—Si lo que piensa, Almirante, es que estos terribles temporales han sido desencadenados por la proximidad del planeta Atomón, del cual venimos, tengo que defraudarle. Experiencias realizadas por mi colega el profesor Browm y por mí mismo en el planeta del cual venimos, como asimismo las conversaciones que hemos tenido con los hombres de ciencia de allí, nos han llevado a la conclusión de que la proximidad de Atomón en nada perjudica a nuestro planeta, al menos no lo perjudica en nada directamente.

—Entonces, ese planeta está habitado —dijo Tárrington, lleno de asombro.

—Sí. El profesor Browm y yo traemos un amplio informe sobre todas las cuestiones concernientes al planeta Atomón, que estamos dispuestos a entregar al Gobierno de los Estados Unidos.

En aquel mismo instante, un oficial de enlace interrumpió la reunión.

—Con su permiso, Almirante.

—¿Qué es lo que sucede, comandante?

—En este momento recibimos comunicación de Washington. El Presidente de los Estados Unidos quiere dar la bienvenida a los recién llegados.

—De acuerdo —dijo Tárrington—. Ponga la pantalla de televisión en marcha.

El mismo oficial que había interrumpido al Almirante, se dirigió hacia una de las paredes de la habitación y, pulsando un botón que se encontraba situado en una moldura, hizo que se descorriera uno de los paños de la pared, apareciendo debajo una pantalla de televisión de unos dos metros de largo por más de un metro de alto.

Poco después, conectados los distintos instrumentos que la hacían funcionar, apareció en la pantalla la efigie del Presidente de los Estados Unidos. Al mismo tiempo, un aparato emisor-receptor

enfocaba a todos los allí reunidos.

—…«Profesores Browm y Jansen; capitanes William Kennedy y Dic Temple, en nombre de nuestro país me complazco en darles la bienvenida».

—Muchas gracias, Sr. Presidente —dijo Jansen, a quien le contestaba de igual manera que en aquella pantalla se reflejaba el sereno rostro del Presidente de los Estados Unidos, ellos mismos estaban reflejándose en aquellos momentos en otra pantalla que el Presidente tenía ante sus ojos.

—«Siento —continuó el Presidente— que nuestra bienvenida no haya sido todo lo efusiva que la gran hazaña realizada por ustedes merece; pero habrán sido ya informados de la terrible situación por la que atraviesa la Tierra, y eso ha impedido que nos distraigamos de los problemas que tenemos que atender, que son muchos y gravísimos. De todas formas, no he querido que les faltara en este momento un saludo, que hago en nombre de los Estados Unidos a los máximos héroes de nuestra Patria y del mundo entero».

William y Dic miraban el sereno rostro de aquel hombre, en cuyas facciones se revelaba la fatiga por el pesadísimo trabajo a que se había sometido en los últimos tiempos.

—Les ruego que se presenten directamente en Washington, al objeto de tratar con el Gobierno y el Estado Mayor reunidos en sesión plenaria.

Después de estas palabras, el Presidente hizo un signo amistoso con la mano y su noble cara desapareció de la pantalla de televisión.

—Bien, capitán —dijo el Almirante Tárrington—. Ya ha escuchado usted por boca del Presidente cuál es la situación por la que estamos atravesando. Ya he dispuesto todo lo necesario para que puedan seguir su viaje por vía aérea hasta Washington, si es que no tienen ustedes algún impedimento absoluto para hacerlo.

—No. Estamos dispuestos a emprenderlo ahora mismo —dijo William.

—Gracias, capitán. Me imagino que estarán fatigados por tantas emociones y trabajos como han pasado últimamente, pero la situación requiere que operemos con gran rapidez.

Dichas estas palabras, el Almirante Tárrington se levantó dando por terminada la sesión. Los cuatro hombres, acompañados por el Almirante salieron al exterior. Poco después, se presentaba a ellos el Comandante del Estado Mayor, encargado de hacer su transporte hasta el aeródromo de Washington.

—Almirante, el aparato está dispuesto.

—Esta bien, Comandante. Capitán: van a hacer el viaje en un aparato estratosférico. La situación atmosférica impide de todo punto realizarlo de otra manera.

—Estamos dispuestos, —dijo William.

El Almirante Tárrington estrechó efusivamente la mano de los cuatro hombres y, poco después, partían éstos en un automóvil hacia el aeropuerto, al objeto de emprender el vuelo hacia Washington.

CAPITULO V

AUNQUE William iba atento a la maniobra, no por ello dejaba de pensar en las cosas últimamente acontecidas.

La reunión con el Gobierno y el Estado Mayor de los Estados Unidos había sido profundamente reveladora para él. La Tierra se encontraba azotada desde hacía muchos días por una terrible tempestad que había producido muy considerables daños a la mayoría de los países de la misma. Importantes puertos como Barcelona, Marsella y Trieste, en el Mediterráneo, y otros en el Atlántico, el Pacífico y el Índico, habían sufrido terriblemente los efectos de tan tremendo temporal

El Canal de Suez había sufrido un desprendimiento de tierras, dejando intransitable el paso por el mismo. Los países del extremo norte de Europa como Noruega, Suecia y Finlandia habían quedado casi por completo reducidos a un montón de escombros. Asimismo, el Continente Americano era azotado de norte a sur, habiendo sufrido especialmente los países centroamericanos, algunas de cuyas islas habían sido arrasadas por completo bajo el azote implacable de la naturaleza, desatada en un acto de vesánica destrucción, llevando el quebranto y el duelo al corazón de los hombres de la Tierra.

William había escuchado el informe dado por un oficial de alta graduación del Estado Mayor y, tanto él como los profesores Browm y Jansen, habían sentido sobrecogerse su corazón. A su vez habían informado ellos con todo detalle sobre su expedición a Atomón, y los profesores Browm y Jansen habían entablado contacto con los científicos más eminentes, al objeto de hacer un estudio detenido de la posible influencia del nuevo planeta sobre la Tierra. A pesar de todo, tanto Jansen como Browm se mostraban escépticos sobre la posibilidad de que tan tremenda manifestación de la naturaleza sobre la superficie terrestre obedeciera a la proximidad de Atomón.

William no dejaba de pensar en esto, como también, de vez en cuando, le asaltaba el corazón la angustia de pensar en Ylún, en los últimos momentos vividos junto a ella y en la terrible interrogante que había quedado flotando en el momento de despegar el «Tritón Volador sobre la posibilidad de un conflicto aniquilador entre la Confederación de Samá y la Confederación Sakchent.

En todas estas cosas pensaba William mientras casi automáticamente iba dando las órdenes oportunas desde el puesto

de mando.

—¡Dos grados a babor! ¡Atención, máquinas! ¡Aumenten un tercio la velocidad! —Pues en aquellos momentos William se encontraba en el puente de mando del portaaviones «Escualo», de ciento treinta y cinco mil toneladas, de la Marina de los Estados Unidos, que había conseguido salvarse de la terrible catástrofe que había hundido a la mayor parte de las flotas mercantes y de guerra de todos los países.

El gran tonelaje del navío lo hacía poder navegar en aquel mar infernal con algunas probabilidades de éxito.

El Estado Mayor había decidido hacer aquella expedición hacia la mar abierta, aun a pesar de todos los riesgos. Era preciso adquirir ciertos datos meteorológicos como, asimismo, acudir en ayuda de algún posible barco que hubiérase podido salvar milagrosamente. Por otro lado, interesaba sobremanera ver qué habla sido de la base flotante de donde despegó el «Tritón Volador» y que estaba al mando del almirante Licester. Pocas esperanzas había de encontrarla todavía sobre la superficie del mar; pero el honor de la Marina de los Estados Unidos obligaba a hacer aquella arriesgada expedición, aunque sólo fuera en nombre del pequeño porcentaje de probabilidades que pudiera haber de que la base no se hubiera hundido.

Otro oficial de la marina había sido destinado para hacer aquel servicio; pero, el «Escualo» era el portaaviones que mandaba William antes de incorporarse a la «Operación Luna Amiga» y, por ello, y por la entrañable amistad que tenía con el Almirante Licester, había exigido que se le encomendara a él la misión.

Las últimas dudas que al respecto pudiera tener el Estado Mayor fueron desvanecidas en cuanto William aseguró que su experiencia en Atomón podía servirles ahora extraordinariamente.

Para él, y así lo pensaba en lo más hondo de su corazón, la tempestad que azotaba la superficie de la Tierra tenia las características similares a la de Atomón en el momento en que despegó el «Tritón Volador».

Quizás una observación más directa del fenómeno pudiera arrojar alguna luz sobre el problema, para que los hombres de la Tierra pudieran defenderse mejor que lo hacían hasta aquel momento del terrible azote que barría las tierras y mares del Planeta.

Decidido, pues, que fuera William el que mandara de nuevo el «Escualo» para hacer aquella expedición a mar abierta.

Dic había solicitado, asimismo, acompañarle en la expedición y el Alto Estado Mayor de la flota no había vacilado en concederle permiso para ello.

En aquellos momentos, el «Escualo» navegaba muy lejos de las costas de los Estados Unidos, dirigiéndose penosamente, a través de la terrible tormenta, hacia el lugar donde debía estar enclavada la base del Almirante Licester.

—No sé si vamos a poder llegar, William —decía en aquel momento Dic.

—Espero que la nave aguantará. Jamás he visto, desde luego, una tempestad como ésta y de tan larga duración.

—Con cualquier otro barco, hubiéramos naufragado ya —dijo William—. Demos gracias a Dios por las ciento treinta y cinco mil toneladas del portaaviones y no eches en saco roto que está dotado de un equipo antisumergible.

—Sí. Con cualquier portaaviones de los que existían hace algunos años, tampoco hubiéramos conseguido gran cosa.

Los dos amigos entremezclaban sus impresiones con las órdenes, secas como latigazos, transmitidas a todos los servicios del portaaviones. Este avanzaba muy lentamente, a pesar de la gran potencia de sus motores.

Enormes olas, algunas de las cuales alcanzaban ciento veinte metros de altura, se abatían sobre el portaaviones, amenazando a cada instante el hundirlo. Afortunadamente la construcción del navío y la gran pericia de William evitaban que se produjera la catástrofe, aunque el peligro flotaba sobre ellos en todo momento.

Casi continuamente, el cielo se encontraba iluminado por cegadores relámpagos y los truenos y los rayos se sucedían de manera casi continua.

—¿A qué distancia estamos de la base? —preguntó William.

—Nos encontramos a unas cuarenta millas de la misma —contestó Dic, después de haber consultado los instrumentos náuticos oportunos.

—Bien; creo que llegaremos allí en cuestión de unas tres horas.

—Sí. Dado el estado de la mar no conseguiremos alcanzar nuestro objetivo en menos tiempo —dijo Dic

Como un pesado mastodonte, el portaaviones avanzaba lentamente subiendo como una cáscara de nuez hasta la cresta de las grandes olas, para descender luego corno una tromba hacia la parte inferior de las mismas.

De pronto, y sin que ningún detalle pudiera advertirles del peligro, una horrorosa explosión sonó en el flanco del portaaviones.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó William.

—Han estallado las calderas, seguramente —repuso Dic.

Apenas habían sido pronunciadas estas palabras, cuando sonó otra terrible explosión, seguida poco después por dos más que volvieron a producirse en e] mismo flanco de la embarcación.

El navío fue sacudido brutalmente como una gran bestia herida en plena carrera por la certera bala de un cazador. Unos segundos después se escoraba tremendamente y los hombres de la dotación corrían alocadamente en todas las direcciones, confusos y sorprendidos por aquel extraño accidente.

Una nueva explosión vino a hacer blanco de nuevo en el portaaviones y William y Dic salieron despedidos del puesto de mando para caer sobre cubierta.

Muchos de los marineros de la dotación del barco habían caído al agua. Otros intentaban desesperadamente utilizar los botes y lanchas salvavidas; pero todo fue inútil. El «Escualo», profundamente herido por el ímpetu de varios poderosos torpedos, comenzó a hundirse con gran rapidez.

—¿Cómo te encuentras, William?

—No ha sido nada —dijo éste mientras se levantaba.

—¿Y tú?

—Yo me encuentro bien. ¿Qué es lo que ha sucedido?

—Parece ser que nos han torpedeado.

William intentó dar algunas órdenes desesperadas para poner en orden el salvamento de sus hombres, pero pronto comprendió que todo era inútil.

El navío se había escorado sobre la banda de estribor en un ángulo de casi noventa grados.

Dic y William habían ido resbalando sobre la cubierta hasta quedar fuertemente agarrados a la barandilla del barco.

La mayor parte de los hombres de la tripulación que no habían caído al agua a consecuencia de los ímpetus, se lanzaban desesperadamente a la misma, convencidos de que pronto se hundiría el «Escualo», y los arrastraría con él a las profundidades submarinas.

—¿Qué hacemos, William?

William había revestido su rostro de un aire de impasible indiferencia.

—Nada podemos hacer, Dic. Me hundiré con el barco.

—Sí. Es inútil cualquier otra cosa, William —dijo Dic, mientras continuaba aferrado a la barra de la barandilla en que estaba cogido.

Del interior de la embarcación, iban saliendo los hombres que atendían a los servicios internos del navío y, desesperadamente, se lanzaban al mar para ser tragados en pocos segundos por la terrible vorágine de la tempestad.

El barco se fue hundiendo.

William y Dic se miraron a los ojos por última vez. En la cara de los dos hombres se reflejaba una viril serenidad ante aquel momento crucial de su existencia.

Dic, haciendo un poderoso esfuerzo, se sujetó con una sola mano y alargó con dificultad la otra hacia William. Este comprendió la acción de su amigo y alargó su mano derecha hasta estrechar profundamente la que le tendía Dic, en una cariñosa y emotiva despedida.

Un golpe de mar arrojó a los dos amigos, lejos del lugar en que se encontraban. En pocos segundos, se vieron sumidos en medio de la vorágine marina, a unos doscientos metros de distancia del «Escualo»

William vio por unos segundos cómo Dic braceaba con todas sus fuerzas para mantenerse a flote. Luego, una ola lo cubrió y no lo volvió a ver. Por su parte, intentaba luchar desesperadamente para mantenerse a flote con todas las fuerzas de la desesperación.

Dos o tres poderosas olas lo elevaron hasta su cresta, para dejarlo después caer en una cima que a William le parecía insondable. A pesar de que conseguía conservar la cabeza fuera del agua, tragaba abundantemente el salado líquido, debido a la, agitación del mar. Poco a poco sintió que iba perdiendo sus fuerzas. Por un segundo pasó por su mente la idea de Ylún. Luego, comprendió que nada podía hacer para luchar con éxito contra la ferocidad del líquido elemento, soliviantado por la tremenda tempestad. Por último, una ola se le vino encima.

William abandonó toda resistencia y, poco a poco, comenzó a hundirse. Una extraña sensación de paz comenzó a invadirle suavemente.

A bastantes metros debajo de la superficie del mar, la tempestad apenas si tenía efecto.

Un silencio impresionante y una impenetrable oscuridad le rodeaban por completo, llevando a la débil luz de su conciencia un

sentimiento de profunda paz. Por un instante abrió los ojos y vio una lejana luz que iba iluminando las profundidades submarinas y acercándose a él velozmente.

Casi en la inconsciencia, pensó que se trataba de algún fenómeno de alucinación. Luego, una densa cortina de sombras fue cayendo sobre sus ojos y perdió el conocimiento.

Si grande había sido su sorpresa cuando el «Escualo» fue torpedeado, más lo hubiera sido de poder ver lo que sucedía en aquellos instantes a su alrededor: Un fantástico ejército de hombres dotados de maravilloso equipo individual de inmersión, en cuya escafandra lucía un poderoso reflector, se aproximaba en orden de despliegue hacia el lugar de la catástrofe. Dividido en pequeños grupos, iba alcanzando rápidamente los restos de la tripulación que el poderoso haz de luz de sus reflectores iba descubriendo al despejar la profunda oscuridad submarina.

Cuatro de estos hombres se aproximaron rápidamente a William y, sacando de una especie de mochila un equipo de inmersión como el que ellos llevaban, lo vistieron rápidamente con él. Luego, el que parecía jefe de aquel pequeño grupo, conectó el aparato de respiración y miró atentamente. Poco después pudo convencerse de que la respiración de William comenzaba a recuperar su ritmo normal.

Al mismo tiempo otros pequeños grupos realizaban una misión semejante con los hombres de la tripulación que encontraban al azar. Cuando esta operación hubo terminado, pudo escucharse un zumbido de tono creciente que se transmitió a lo largo de un gran radio.

Al oír esto, todos los hombres-rana arrastrando cada dos da ellos a un náufrago, se reunieron en el punto donde se encontraba el jefe de la expedición submarina y cuyo reconocimiento era fácil por la luz roja que arrojaba el reflector de su escafandra.

El jefe de la expedición se movió rápidamente a impulsos del pequeño motor a reacción que llevaba en la parte dorsal de su equipo, al igual que los demás hombres, pasando rápida revista a los hombres que tenía bajo su mando. Satisfecho de la inspección, pulsó un pequeño resorte de un instrumento que llevaba atado al antebrazo izquierdo y, por dos veces, volvió a escucharse el zumbido que había congregado a todos los hombres. Un segundo después se dirigían hacia el fondo del abismo marino, precedidos por el potente haz luminoso de sus reflectores, que iluminaba las profundidades del mar, dándole un tinte fantástico e irreal

CAPITULO VI

CUANDO William volvió en sí se encontró tumbado en el suelo de un extraño recinto. Una vez se hubo despejado totalmente, vio que se encontraba en una especie de isba como las que construyen los esquimales, cuyo diámetro sería de unos doce a quince metros. Las paredes de la misma estaban constituidas por una materia transparente, a través de la cual podía verse perfectamente el exterior. A su alrededor había varios hombres, a los que reconoció rápidamente como miembros de su tripulación. Algunos permanecían todavía inconscientes, otros comenzaban a incorporarse y se restregaban los ojos asombrados de lo que veían. Por último divisó una cara que le llenó el corazón de alegría: Era Dic, que en aquel momento intentaba incorporarse, igualmente preso por el más grande de los asombros.

—¡Dic! —gritó William

Este se volvió y vio la cara anhelante de su compañero.

—¡William! ¡Camarada!

Rápidamente se pusieron de píe los dos hombres y poco después se fundían en un estrecho abrazo.

—No comprendo nada de lo que ha pasado. No lo comprendo — musitó Dic.

—Yo tampoco. Me parece todo un sueño o un milagro.

—Aquel golpe de mar —continuó Dic— me arrancó de la barandilla del «Escualo» y me lanzó lejos. Durante unos segundos intenté luchar con la furia del mar, pero fue inútil. De pronto, comencé a hundirme y a tragar agua hasta que perdí el conocimiento. Jamás creí que volvería a despertarme de ese sueño terrible.

—Ni yo, Dic. Ni yo. Pero el hecho es cierto. Aquí estamos. No somos dos fantasmas, somos dos seres de carne y hueso.

—Sí, aunque te aseguro que a veces lo pongo en duda.

Los distintos hombres que poblaban aquella habitación fueron recuperándose lentamente.

William sintió su mirada atraída por algo que sucedía en el exterior de la isba. A unos ciento cincuenta metros podía ver apilados un montón de cadáveres pertenecientes a hombres de la tripulación. Los extraños hombres-rana que los habían rescatado, trajinaban alrededor de esta terrible pila. Por último, dos de ellos,

que habían acercado a unos veinte metros de-distancia un extraño aparato, dieron una conexión y un haz de rayos de color violeta dio sobre la funeraria pila de hombres muertos y en pocos segundos, ante los ojos asombrados de Dic y William, desapareció, dejando como único vestigio una pequeña nube de humo blanco.

—¡Maldita canalla! —no pudo contenerse Dic—. Me gustaría encontrarme a solas con uno o dos o tres de ellos.

—Ten paciencia, Dic. Las cosas están perfectamente claras. Estoy seguro de que se trata de hombres Sakchent. Sus almas están perdidas y tendrán el castigo que merecen. Pero esperemos el momento en que podamos castigar también sus cuerpos.

Los dos hombres quedaron como petrificados durante unos instantes, viendo la pequeña nube de humo como se deshacía en un ámbito de algunos metros

—Lo que no comprendo, William, es cómo dices que se trata de hombres Sakchent.

—No pueden ser otros, Dic. No hay ningún ser sobre la tierra capaz de producirse tan cruelmente como esos hombres. Como sabes, son hombres sin moral y sin Dios y por ello proceden con tanta indiferencia con el ser humano. Probablemente, esos hombres de nuestra tripulación no pudieron ser rescatados de la muerte. Tal vez se llegó demasiado tarde para hacerlos reaccionar.

—Y al parecer, esa es la manera que tienen estos miserables de dar sepultura a los muertos. ¿No es así?

—Así es, Dic.

—Pero bueno, William. ¿Cómo es posible que nos encontremos en Atomón?

—Quizás ahora empiece a aclararse el fenómeno de los aerolitos. Los hombres Sakchent han decidido seguramente conquistar la Tierra. Para ello, han trasladado a nuestro planeta algunos de sus efectivos. No creo equivocarme si te digo que nos encontramos en el fondo del mar, en una ciudad —burbuja— como las que hemos conocido en Atomón.

—Sí. Es cierto, William. ¡Ahora caigo en la cuenta! Según tú nos contaste, la base de lanzamiento de esos aerolitos no era más que una base de lanzamiento de astronaves que iban a hundirse en el fondo del Océano Pacífico, para crear allí mismo una base de operaciones magnífica e inaccesible en su lucha contra los hombres de la Tierra.

—Así es, Dic. Está claro el misterio.

—La lástima —dijo Dic— es que seamos nosotros quienes lo conocemos. Lo digo, porque con ello no resolvemos nada para la humanidad terrestre. Si esto lo hubiéramos conocido cuando estábamos en la superficie… No sé, pero tal vez hubiéramos encontrado algún procedimiento para combatirlos.

—Así es, Dic. De todas maneras, no perdamos la esperanza.

William miró en derredor suyo y vio que una pequeña puerta daba acceso a aquel extraño recinto. Cautelosamente, se dirigió hacia ella, pero aún se encontraba a un par de metros de la misma, cuando asomó uno de los guardianes que estaba en el exterior y le amenazó con una extraña arma que llevaba en las manos. William se detuvo.

—No intentes nada. William —dijo Dic—. Vuélvete.

Así lo hizo el aludido y el guardián volvió a ocupar su puesto en el exterior. Poco después se aproximaron cinco o seis hombres de los que habían estado realizando la macabra tarea con los náufragos del «Escualo». Unas palabras cruzadas con los guardianes en su extraño idioma y se introdujeron en la isba transparente. Algunos instantes más tarde, cuatro de los hombres que habían conseguido salvar la vida en el naufragio eran arrastrados a viva fuerza hacia el exterior

William dio gracias en lo más profundo de su corazón porque la totalidad de las paredes de aquel extraño recinto fueran transparentes. Así pudo ver cómo se llevaba a los cuatro náufragos hacia un lugar separado unos ochenta metros de donde se encontraba William y, a viva fuerza, los tendían en una especie de plataforma circular, de unos tres metros de diámetro. Luego de atarlos fuertemente a la misma, se acercó un equipo formado por tres hombres portadores de un extraño tubo, del cual salían a su vez cuatro flexibles y pequeños tubos de materia plástica. El aparato debía ser pesado, pues se deslizaba sobre la arena del fondo del mar, por medio de un pequeño vehículo-oruga. Cuatro hombres cogieron cada uno un pequeño tubo de plástico, cuyo extremo terminaba en una especie de careta, y los aplicaron a la cara de los desdichados prisioneros. Durante unos segundos continuó esta operación.

—¿Qué te parece, William? Diríase que tratan de hacerles inhalar algún gas.

—Sí. No sé qué es lo que pretenderán con ello.

Unos momentos después la operación había terminado y los tres hombres eran arrastrados de nuevo al interior de la isba.

Cuando entraron, William y Dic les preguntaron qué era lo que había sucedido y éstos relataron brevemente que les habían obligado a aspirar un gas completamente inodoro. Según ellos, debía tratarse simplemente de oxígeno.

A los pocos instantes, volvieron otra vez los encargados de aquella maniobra a llevarse algunos hombres más del interior de la isba. Así continuó la operación durante más de media hora.

William y Dic se encontraban completamente asombrados al ver los efectos de la misma, pues no comprendían a qué podía conducir aquello.

Cuando se llevaron al grupo siguiente, después de realizada la operación con más de quince hombres, William dirigió la mirada hacia los primeros que la habían sufrido. Se encontraban tumbados en el suele y algo extraño notó en ellos, cuando, repentinamente, se aproximó y se arrodilló junto a los mismos.

—¡Dic!, ¡Dic!, ¡ven en seguida!

Este obedeció y vio con asombro que los tres hombres estaban muertos.

— ¡Están muertos!

Momentos más tarde, los que habían sufrido en segundo lugar la operación, dejaban de existir.

—Es horrible ¿Qué es lo que ha sucedido aquí? —preguntó Dic.

—Seguramente se trata de un gas venenoso.

—Pero bueno. Vinieron tranquilamente y dijeron que habían aspirado oxígeno.

—No. Debía ser un gas inodoro, pero de efectos mortales.

—Para esto más valía que nos hubieran dejado ahogarnos.

William meditaba profundamente.

—Me parece que empiezo a ver claro, Dic. Seguramente están experimentando un nuevo gas mortífero y han querido tener algunas víctimas terrestres a mano para hacer las experiencias.

—Entonces, ¿tú crees que se trata de un arma?

—Sí. Tal vez es el arma con que cuentan para aniquilar a los hombres de la Tierra que osen oponérseles. Su estrategia aparece ante mis ojos con una gran sencillez, pero con una terrible efectividad. En primer lugar, azotan la Tierra mediante la terrible tempestad electromagnética que la sacude durante varios días ya, al objeto de causar desconcierto y la desorganización entre las fuerzas que pudieran hacerles frente; luego, quizás lancen algunas nubes de este gas que, al no tener características especiales que puedan

diferenciarlo rápidamente del oxígeno de nuestra atmósfera, será aspirado inconscientemente por los terrestres, que vendrán a darse cuenta demasiado tarde de la situación. La necesidad de experimentar directamente este gas con seres vivos de nuestro planeta es lo que les ha obligado a rescatarnos de la muerte cierta que nos esperaba, después del hundimiento del «Escualo».

—¡Pero eso sería horrible, William. Ten en cuenta que pueden lanzar una nube de este gas sobre la población de la Tierra, que pillaría por sorpresa a todos los seres, causando una terrible mortandad.

Mucho me temo que aciertes en tu predicción —dijo William—. Estoy seguro de que los hombres Sakchent no tendrán inconveniente en aniquilar por completo a la raza humana. No olvides que en la actualidad están empeñados en una guerra a muerte con la Confederación de Samá; que la Tierra no es para ellos mas que una posible base de operaciones, con la que contar como una baza importante en esa terrible guerra.

Al decir esto. William llevó a su memoria el recuerdo de Ylún, de quien tan dolorosamente había tenido que separarse. Conocía el valor de la muchacha y sabía que había de ser una de las figuras más activas del ejército de la Confederación de Samá. Quizás a estas horas habría ya muerto.

Los hombres Sakchent iban y venían arrastrando cada vez a los infortunados náufragos del «Escualo».

William y Dic veían acercarse por momentos el instante en que ellos mismos tendrían que sufrir la misma operación.

De nuevo, los hombres Sakchent se dirigían hacia la isba transparente, para arrancar la vida a tres o cuatro más de sus víctimas.

William vio que sólo quedaban seis hombres. Ya iba a situarse cerca de la puerta para ser el primero en caer, cuando uno de estos hombres, que era el contramaestre, lo detuvo.

—No, capitán. Deje que salgamos nosotros antes.

—Es lo mismo, Thomson. Te lo agradezco, pero mejor es acabar de una vez.

—No. Espere, capitán. Creo que todos acabaremos de la misma manera; pero me gustaría que usted y el capitán Dic pudieran salvarse. No sé cómo, pero me gustaría. Es preciso avisar a nuestro Estado Mayor de lo que espera a los habitantes de la Tierra.

—Sí. Pero eso está por encima de nuestras posibilidades, Thomson,

—Déjeme acabar. Yo tengo mujer e hijos. Déjeme morir con la esperanza de que usted o el capitán Dic puedan llegar de nuevo a la superficie y prevenir a los ejércitos de la Tierra del peligro que se avecina. Si yo muero, capitán, quiero llevarme la duda al otro mundo, de que quizá mi mujer y mis hijos puedan salvarse.

William, aunque estaba convencido de que todo seria inútil, comprendió las palabras de su contramaestre.

—Está bien, Thomson. Ha llegado el momento de morir, y debemos saber morir como hombres, pero yo te juro por mi honor, que intentaré todo lo que pueda por escaparme y dar aviso a la Tierra.

—Gracias, capitán.

Luego, el contramaestre se dirigió hacia los otros tres hombres.

—¿Estáis de acuerdo con mis palabras?

Un sí unánime le respondió.

—Yo también tengo mujer e hijos —dijo otro.

—Sí. Vale la pena el aprovechar esta oportunidad —contestó un tercero.

Poco después, los hombres Sakchent llegaban allí. El contramaestre y los tres hombres no ofrecieron la menor resistencia y salieron con paso firme y la cabeza levantada hacia el lugar donde iban a someterlos a la maligna operación de respirar aquel gas venenoso. Ya se habían separado de la isba como unos treinta y cinco metros, cuando de pronto, a una voz del contramaestre, los cuatro hombres dieron un fuerte tirón y se desasieron de sus enemigos. Luego, un cabezazo del contramaestre tumbó a uno al suelo. Un poderoso directo a la mandíbula de otro de sus enemigos dio con él en tierra. Los tres hombres, aprovechando la sorpresa, habían conseguido derribar a varios de sus guardianes. A continuación, como impulsados por un mismo resorte, salieron los cuatro terrestres corriendo en direcciones distintas, sembrando la alarma en el grupo de hombres que estaba dedicado a aquella siniestra tarea.

Pasado el primer momento de sorpresa se organizó la persecución de los cuatro fugitivos.

La guardia de la puerta de la isba fue mermada por la ausencia de tres de los guardianes, que salieron en pos del contramaestre, que era el que se encontraba más cerca de su sitio.

—Este es el momento —dijo William que había comprendido perfectamente la estrategia de su fiel subordinado.

Los dos hombres no necesitaron más para ponerse de acuerdo.

—Vamos por los guardianes de afuera —continuó William.

Rápidamente se dirigieron hacia el exterior. Uno de los guardianes se volvió e intentó apuntarles con su arma, para cortarles el paso.

Dic no lo pensó ni un segundo. La carrera que había empezado se convirtió casi en un vuelo, al lanzarse con todo el ímpetu de sus poderosos músculos contra el contrincante que le cerraba la salida. Afortunadamente, su cabeza golpeó el estómago de su enemigo y lo derribó por tierra.

William había alcanzado la puerta, y, mientras el segundo guardián intentaba hacer uso de su arma, se abalanzó sobre él, comenzando entre los dos hombres una lucha furiosa.

Por fortuna Dic había acabado con su contrario, golpeándole fuertemente la cabeza con la propia arma que éste sostenía entre sus manos.

William consiguió hacer una poderosa presa en el cuello de su enemigo. Reuniendo todas sus fuerzas apretó desesperadamente, hasta que sintió que cesaba la resistencia de su contrario.

—Pronto, Dic. No perdamos tiempo. Vámonos de aquí.

Rápidamente emprendieron una veloz carrera, mientras que, a lo lejos, algunos de los hombres Sakchent que se dedicaban a la caza y captura del contramaestre y los otros tres hombres se daban cuenta de la escapada.

Un murmullo de voces se levantó a las espaldas de los dos amigos, pero ya la ventaja adquirida era tan grande que la persecución de sus enemigos tenía pocas probabilidades de resultar eficaz. A pesar de ello, corrieron desesperadamente. Lo más terrible era que se encontraban en una especie de terreno arenoso. Así y todo, los dos hombres siguieron distanciándose velozmente del lugar de su cautiverio.

—Allí, William, allí —dijo Dic sin disminuir su marcha.

William miró en la dirección indicada y pudo ver a unos cuatrocientos metros de distancia, que la monotonía de la llanura se rompía por las primeras estribaciones de una cadena montañosa.

Los dos hombres se dirigieron hacia este lugar, viendo por primera vez una ligera posibilidad de salvación. Sus pies se hundían en la arena dificultando la marcha, pero con las fuerzas de la desesperación todavía consiguieron acrecentar algo más la velocidad que llevaban. Poco después se encontraban trepando por

el confuso montón de rocas recubiertas de algas que iniciaban la escarpada pendiente del primer montículo.

—Es nuestra única posibilidad de salvación, Dic. Tal vez por aquí podamos escondernos en algún sitio.

Ante sus ojos se extendía una continuada cordillera de montes, entre cuyas cuevas y recovecos existía la única posibilidad de salvación para aquellos dos seres, acosados como fieras en las profundidades del mar.

CAPITULO VII

AFORTUNADAMENTE para los terrestres, la búsqueda organizada por sus enemigos resultó infructuosa. Providencialmente, habían encontrado una profunda gruta a la que habían descendido, no sin grave riesgo de morir estrellados contra el fondo de la misma.

Varias horas emplearon sus enemigos en explorar detenidamente la zona en la cual suponían debían estar los fugitivos. Pero todo fue inútil.

Dic y William continuaron en su escondrijo durante casi un día. Por último fueron ascendiendo lentamente hacia el exterior y pudieron observar, con profunda satisfacción, que sus enemigos habían abandonado la búsqueda. Poco después se ponían de nuevo en camino, ascendiendo la vertiente de aquella cordillera, cuya altitud inedia sería de unos seiscientos metros.

—Bueno, William, ¿qué vamos a hacer ahora?

—Sé lo mismo que tú, pero pienso que tal vez lo mejor será alcanzar la cima de uno de estos picachos, desde la cual divisaremos una gran extensión de terreno. Quizá eso pueda servirnos de algo.

A pesar de que los dos hombres se encontraban algo desfallecidos por la falta de alimentos y las emociones pasadas, la esperanza, no solo de salvarse de la muerte cierta que les estaba esperando, sino de poder comunicar a la Tierra el peligro que se avecinaba, les llenaba de energía. Dos horas más tarde llegaban a la cima de uno de los más elevados montículos de aquella sierra.

Al igual que en las ciudades-burbuja de Atomón, toda la extensión que alcanzaba su mirada estaba iluminada por una débil luz, pero con suficiente fuerza para poder ver distintamente los objetos.

Dic y William miraron hacia la vertiente contraria por la cual habían ascendido y pudieron ver con sorpresa, al fondo, a unos dos mil metros de distancia, una especie de ciudad, toda ella realizada con material plástico y construcciones sobrias, más o menos parecida a aquella en que habían sido encerrados por sus enemigos.

—Me parece, Dic, que estamos ante el campamento general de los hombres Sakchent.

—Debe haber lo menos dos mil pequeños edificios —dijo Dic.

—Sí. Aproximadamente será ese número. ¿Qué hacemos?

—Creo que debemos descender de esta pequeña cordillera y de la manera más disimulada posible aproximarnos a ese poblado.

No hubo necesidad de más palabras para decidir este plan, indudablemente estaba lleno de riesgos, pero los dos hombres estaban dispuestos a no escatimar ni un solo peligro con tal de intentar todo lo humanamente posible por conseguir el noble objetivo que se habían propuesto. Por fortuna para los dos hombres, aunque no era posible determinar si era de día o de noche, debían encontrarse en las horas destinadas al reposo en aquella ciudad submarina.

—¿No te parece sospechoso que no haya ninguna vigilancia? —dijo Dic.

—No. Creo que no está premeditada esa actitud. Ten en cuenta que los hombres Sakchent no pueden imaginar ni remotamente que pueden encontrarse espiados por dos seres de la Tierra. Para ellos, toda la humanidad desconoce todavía la existencia de esta ciudad-burbuja.

Los dos hombres fueron avanzando cautelosamente hasta encontrarse a unos trescientos metros de su objetivo. A través de las paredes transparentes de las viviendas pudieron ver gran cantidad de hombres Sakchent, la mayor parte de ellos entregados al reposo.

En algunas de aquellas extrañas edificaciones, más grandes que la mayoría, se encontraban, casi hacinadamente, algunos miles de hombres.

—Si, Dic. Te digo que eso es su campamento general de ellos. Esas construcciones alargadas deben ser los cuarteles destinados a la tropa.

Un lejano rumor llegaba hasta los oídos de los dos terrestres.

—¿Qué puede ser eso, William?

—No sé. Parece como el zumbido de algún motor.

William se incorporó un poco de la posición en que estaba y pudo ver, a la otra parte del campamento, a unos ochocientos metros del mismo, un edificio cuyas características diferían esencialmente de los otros. Se trataba de un edificio de forma prismática que tendría una altura de veinte a veinticinco metros. Una serie de luces rojas orlaban la parte superior del mismo.

—¿No te parece eso asombroso, Dic?

—Sí. Es un edificio que resalta de los demás. Por otra parte, esas luces rojas algo quieren decir. Indudablemente se trata de un edificio de gran importancia para los hombres Sakchent, puesto que

está marcado de manera especial por medio de esas luces rojas.

—Tal vez sea el cuartel general del Estado Mayor —replicó Dic.

—Tal vez sea eso. Creo que ese debe ser nuestro objetivo. Hemos de intentar acercarnos allí para poder ver de cerca qué es lo que sucede dentro

Los dos hombres intentaron acercarse a aquel extraño edificio. El terreno elegido por los hombres Sakchent para establecer su campamento general no presentaba las mismas características que aquel otro sitio del cual habían escapado casi milagrosamente. Una serie de pequeñas ondulaciones de la misma arena les permitía progresar en su marcha hacia el edificio misterioso, ocultándoles la mayoría de las veces a la visión de cualquier ser que pudiera dirigir sus ojos hacia el lugar en que se encontraban.

Aun así, el avanzar era penosísimo y lento. Más de tres horas invirtieron en rodear el poblado y dirigirse hacia el extraño edificio.

Por fin lo tuvieron al alcance de sus miradas. Se instalaron en una pequeña colina de arena situada escasamente a cincuenta metros del edificio. Las paredes transparentes del mismo mostraban claramente su interior.

—¡Fíjate bien, Dic! Al parecer se trata de una estación generadora de energía.

—Sí. Eso parece. Aunque difícilmente puedo reconocer algún que otro de los aparatos que vemos, es evidente que el interior del edificio está repleto de instrumentos.

Los dos amigos podían ver una docena de hombres que se encontraban al cuidado de aquella complicada maquinaria.

—Se me ocurre una cosa, Dic. Nos encontramos en una ciudad-burbuja. No creo que nuestros enemigos hayan tenido tiempo de hacer mayores instalaciones de las que tenemos ante nuestros ojos.

—Sí. Eso es posible.

—Tú sabes que para conseguir estas maravillosas ciudades debajo del océano lo hacen por medio de una inyección de aire, al extremo de crear una gran burbuja que soporta el inmenso peso del mar. Cómo consiguen que la presión de la atmósfera interior sea soportable por los hombres, no lo sé. Tal vez el gas se encuentra mucho más condensado en la capa superficial de la burbuja. De una manera u otra han de disponer de unos inyectores de aire para conseguirlo.

—No comprendo a dónde quieres ir a parar, pero entiendo perfectamente lo que me dices.

—La pregunta es esta, Dic: ¿No será ese edificio el encargado de esa misión?

—¡Caramba! Tienes razón, William.

—Si consiguiéramos destruirlo, al romper el equilibrio entre la presión del gas y la que ejerce el agua, todo el peso del Océano se desplomaría sobre esta ciudad y en una fracción de segundos terminaría el peligro que corren los terrestres.

Dic miró sorprendido a los ojos de William; luego, exclamó:

—¡Tienes razón! Si así fuera, conseguiríamos libertar a la Tierra de este terrible azote.

—No tenemos, pues, otra alternativa. Vamos a intentar estropear ese mecanismo.

Los dos hombres guardaron silencio durante unos instantes.

—Yo creo —dijo Dic— que lo mejor sería que yo saliera al descubierto y atrajera sobre mí la atención del equipo de servidores de esa especie de torre. Mientras tanto, tú puedes deslizarte hacia el interior e intentar romper todo lo que encuentres a tu paso. Tal vez la Providencia guiará tu mano para que destruyas el mecanismo inyector de aire.

Los dos hombres quedaron de acuerdo en pocos minutos.

—Mira, Dic. Yo puedo dirigirme al amparo de esta serie de pequeñas dunas hacia la parte posterior del edificio. Tú permanece oculto y cuando veas que ocupo el lugar indicado, hazte visible.

»Si los hombres encargados del manejo de esos instrumentos deciden salir en tu captura, yo procuraré rodear el edificio e introducirme por la parte anterior para realizar mi cometido de la mejor manera que pueda».

—Está bien, William. Vamos a emprender la maniobra.

Los dos hombres se estrecharon la mano en silencio y William comenzó a arrastrarse, procurando aprovechar las ondulaciones del terreno, hasta situarse en la parte posterior del edificio. Desde allí hizo una señal a Dic y éste se puso en pie y comenzó a cantar desaforadamente una frívola canción que fue su favorita durante algún tiempo en sus andanzas nocturnas por la Tierra.

CAPITULO VIII

WILLIAM observó la reacción de los hombres que estaban al cuidado de aquella central. Al principio miraron con indiferencia a Dic, pero luego, tal vez al escuchar el extraño lenguaje con que Dic entonaba la frívola canción que había elegido como señuelo para atraerlos, se reunieron todos y miraron a través de una de las paredes transparentes del edificio. Dic, asombrosamente, se puso a danzar estrafalariamente.

Poco después, todos los hombres, excepto uno, descendieron la escalera interior y se lanzaron en persecución de Dic. Este esperó impávido a que se aproximaran. Luego, comenzó a correr, saliendo y ocultándose por entre aquel laberinto de dunas arenosas.

William consideró que su momento había llegado. Rápidamente salió de su escondite y rodeando el edificio fue a introducirse por la puerta. Ya había conseguido entrar en el pequeño *hall* que conducía a la escalera cuando el hombre que había quedado de guardia, y que había pasado desapercibido para William, surgió de improviso y se abalanzó contra él.

William cayó al suelo y, poco después, sintió que el cuerpo de su enemigo lo aplastaba con su peso. Un golpe dado con la culata de su arma fue esquivado en el último instante por William, que reuniendo todas sus fuerzas, consiguió zafarse de su enemigo. Luego, los dos hombres, ya de pie, volvían a enfrentarse de nuevo. William consiguió frenar el ímpetu de su contrincante con un poderoso puñetazo al estómago. Después, con una hábil zancadilla, lo lanzó al suelo.

El hombre Sakchent cayó con tan mala fortuna que su cabeza, vino a golpearse fuertemente. William no perdió más tiempo. Con rápidas zancadas ascendió la escalera y desembocó en la sala central de máquinas. Una gran cantidad de tubos, luces de control, clavijas, palancas, etc., se presentó a sus ojos. Lanzó una mirada circular a su alrededor y dio con una pequeña banqueta. La asió con la mano derecha y comenzó a golpear todo cuanto tenía ante sí. Un gran chispazo le vino a confirmar que sus golpes eran eficaces. En una pequeña pirámide luminosa había una especie de burbuja azulada que comenzó a reducirse de tamaño. William levantó de nuevo la banqueta para golpear la pirámide de cristal, en el interior de la cual se veía una luz azulada chisporroteando. Ya iba a

descargar el golpe cuando un aullido de horror se escuchó a sus espaldas. Se volvió sorprendido y vio a otro hombre sakchent. Se trataba de uno de los perseguidores de Dic ya de regreso que, habiéndole perdido la pista, volvía a ocupar su puesto.

William apretó fuertemente la banqueta y se dispuso a repeler su ataque, pero el hombre estaba empavorecido. William se acercó agresivo hacia él y vio con asombro que caía de rodillas en actitud suplicante.

—Tú no romper eso —dijo en defectuoso inglés—. Romper pirámide y el mar caer sobre nosotros.

Aquello confirmó a William que el objetivo que buscaba estaba allí, en aquella pequeña pirámide de cristal con su fantástico chisporroteo interior. Se volvió y se dispuso a acabar su tarea, pero no le dio tiempo. El hombre que estaba en el suelo había sacado rápidamente una de aquellas extrañas pistolas disparadoras de arpones y, con incierta puntería, disparó contra William. Este se volvió y se lanzó al ataque. Poco después, el hombre sakchent que había quedado inconsciente en el primer encuentro intervino en la lucha, recuperado ya de su accidente. Un gran cansancio se apoderaba de William, restándole facultades para combatir. A pesar de ello, se defendía con toda la energía de que era capaz.

William sentía que sus enemigos iban apoderándose de sus fuerzas. En este preciso instante apareció Dic providencialmente.

En dos pasos se puso junto a los contrincantes y con un poderoso puñetazo desembarazó a William de uno de sus enemigos. El otro hombre sakchent intentó poner en funcionamiento su arma, pero Dic gritó rápidamente:

—¡Pronto, William! Vámonos.

Los dos hombres echaron a correr escaleras abajo y poco después se perdían en el vericueto de las onduladas dunas.

Cuando se hubieron alejado de aquel lugar buscaron el abrigo de una de las ondulaciones del terreno para reposar un momento.

—No teníamos otro remedio, William. Venía persiguiéndome el resto del equipo de esa maldita torre. Conseguí despistarlos un momento y me introduje en la misma, al objeto de intentar ayudarte en tu tarea cuando vi la situación me percate de que nada podíamos hacer y pensé que más valíamos vivos que muertos a manos de esos hombres. ¿Y esa herida es de importancia?

—No; afortunadamente es sólo un rasguño un poco profundo —dijo William mientras se taponaba le herida con un pedazo de su camisa—. No teníamos otro remedio que abandonar la empresa. Ya

había conseguido descubrir el punto neurálgico de esta maldita ciudad cuando me vi sorprendido por otro de los guardianes. Lo demás ya lo conoces tú.

Los dos hombres descansaron durante un buen rato y repusieron en parte sus maltrechas fuerzas.

—Creo que es inútil que volvamos a intentar nada en ese terreno —dijo Dic—. Ahora ya están sobre aviso y la vigilancia estará reforzada al máximo.

—Ha sido una lástima, Dic. A estas horas ya podía estar todo terminado.

Después de que guardaron los dos hombres un rato de silencio se impuso a sus conciencias la necesidad de continuar su marcha, al objeto de hacer algo.

—Bien, Dic. Vámonos hacia el campamento de los hombres sakchent.

—Bien, ¿pero qué es lo que podemos hacer?

—Por lo menos, intentaremos hacer algo.

Los dos amigos, aprovechando las sinuosidades del terreno, fueron acercándose nuevamente a la extraña ciudad submarina hasta conseguir una posición bastante aceptable para observar lo que allí sucedía.

Indudablemente se trataba de un campamento científico militar. No se veía a ninguna mujer y todos los hombres parecían atareados cada uno en su menester. Excepto algunos, vestidos con trajes especiales, los demás iban uniformados.

—¿Ves, Dic? Se trata de unidades militares. Quizá los que van vestidos de otra manera son los jefes de las mismas o el equipo científico que maneja todo esto.

—Te digo, viejo, que no se me ocurre qué es lo que podemos hacer. Son demasiados para intentar acción de ninguna clase.

—Sí. Eso es lo que estoy pensando.

Las horas fueron pasando y la actividad del campamento fue subiendo de tono. Dic y William observaban minuciosamente todos los detalles, esperando encontrar cualquier resquicio que les permitiera entrar en acción.

De uno de los edificios más grandes, que William había calificado como cuartel la primera vez que descubriera la ciudad submarina, salió una formación de hombres.

—Mira, Dic.

—Sí, ya veo. Estos están dispuestos a entrar en acción.

En efecto; unos cien hombres revestidos con aquel maravilloso equipo de hombres-rana, capaz de soportar las inmensas presiones submarinas, se alineaban en perfecto orden y poco después, a una voz de su jefe, emprendían la partida.

—Creo que lo mejor es seguirlos.

—Me parece bien, William. Tal vez nos lleven a algún sitio interesante,

Aquella unidad militar fue progresando hacia su objetivo. Dic y William seguían ocultándose de la mejor manera posible. Por último llegaron a una especie de parque móvil donde poco después subían en quince vehículos-oruga que se alejaron con gran rapidez.

—Nos hemos quedado igual que estábamos, William.

—Aproximadamente, sí, Dic. Sin embargo, esto me hace concebir cierta, esperanza.

Dic miró con ojos interrogantes a su amigo.

—Verás. Esos hombres iban equipados para actuar en el mar; probablemente tratan de hacer una salida al exterior. El hecho de haber cogido estos vehículos parece indicar que se dirigen hacia el lugar de lanzamiento. Como recordarás, por nuestras experiencias ele Atomón, la salida de las ciudades-burbuja sólo puede hacerse en el muro mismo en que el aire linda con el agua. ¿No crees, pues, que el continuar el viaje en los autos-oruga tenga como finalidad acercarse al límite?

—Tu razonamiento me parece perfecto, William. Creo que has dado en el clavo. Si no, no tendría objeto el que salieran equipados para surgir a la superficie del Océano.

—Se me ocurre un plan, Dic. Si pudiéramos hacernos con dos de esos equipos tal vez pasaríamos desapercibidos para los demás. La luz no es muy fuerte y a pesar de la transparencia de las escafandras sería preciso que se fijaran muy bien en nosotros para reconocernos.

—Estupendo, William; sólo que tu plan tiene un defecto. ¿Dónde vamos a hacernos con uno de esos equipos para cada uno?

William pensó un instante.

—Bien. Dic. Vamos a apostarnos a mitad del camino del campamento hasta este lugar. Tal vez vuelva a pasar otra unidad y podamos entrar en acción.

Los dos amigos se pusieron en camino y poco después se encontraban apostados en un lugar propicio. Se trataba de uno de los trozos del trayecto más quebrado por la constante sucesión de dunas. Unos metros enfrente de donde se encontraban estaba el

camino por donde habían pasado los hombres sakchent de la primera expedición. Un suave rumor venía del lugar en que se encontraba el poblado.

—Atiende, Dic. Parece que se acercan de nuevo.

—Sí, en efecto.

Poco después, una columna de unos cien hombres distribuidos de dos en dos, avanzaba con indiferencia hacia el parque móvil. Lo quebrado del terreno obligaba a los hombres a subir y bajar constantemente, habiendo sitios en que los que marchaban delante estaban imposibilitados de ver a los que estaban atrás.

Dic y William los dejaron pasar y continuaron, luego, silenciosamente detrás de ellos. Al bajar a una pequeña hondonada, uno de los hombres que iba en último lugar dio un traspiés y cayó al suelo. Embarazado por el equipo de inmersión encontraba ciertas dificultades en ponerse de pie. Uno de sus compañeros se rezagó para auxiliarle en el preciso instante en que el resto de la columna volvía a ocultarse en una de las ondulaciones del terreno.

—Ahora o nunca, Dic.

Dic y William se levantaron del suelo con gran rapidez y se lanzaron sobre los hombres sakchent. Una breve lucha fue suficiente para dominar a sus enemigos, casi indefensos por la sorpresa. Luego, los dos terrestres los despojaron de sus equipos y tras atarlos y amordazarlos fuertemente con sus cinturones y algunas tiras de tela arrancadas de sus camisas se vistieron con los equipos de sus enemigos. Poco después aceleraban el paso y se incorporaban a la columna que avanzaba en silencio.

Dic y William agradecían en el fondo de su corazón que se tratara de una unidad militar en la que, al parecer, era obligatorio caminar sin pronunciar una sola palabra.

Esta situación duró hasta que llegaron al parque móvil. Más tarde se encontraban, en compañía de ocho hombres más, en uno de aquellos vehículos oruga, que partían rápidamente hacia un desconocido objetivo.

El viaje continuó sin que ningún incidente turbara la paz de la columna. Por fin, desembocaron en un pequeño campo vallado, a uno de cuyos extremos se veía una rampa de lanzamiento de características parecidas a aquella que utilizaran en Atomón cuando Ylún los rescató de manos de los hombres sakchent, y que tenía una capacidad de lanzamiento para diez hombres.

El jefe de la expedición dio una orden y la columna se detuvo. Los diez primeros hombres que iban en cabeza, a una nueva voz de

su jefe se adelantaron y ocuparon la posición adecuada en la rampa de lanzamiento para atravesar el muro de aire.

Dic y William se encontraban hacia el final de la columna. Su corazón latía aceleradamente, pues se daban cuenta que existían posibilidades de retornar a la superficie de la Tierra, pero al mismo tiempo les atormentaba la idea de ser reconocidos en el último instante.

Los hombres fueron ocupando su puesto en la plataforma y los dos encargados de hacerla funcionar, apretando un botón, hacían actuar aquella catapulta que lanzaba a los diez proyectiles humanos contra el muro de aire, para dejarlos sumergidos en las oscuras profundidades del mar.

Cada grupo de hombres que atravesaba el aire encendía rápidamente el reflector de su escafandra y ponía en marcha el pequeño motor que llevaban a la espalda. Dic y William miraban con atención la maniobra, con el fin de no incurrir en error alguno. Afortunadamente, tanto el motor de la espalda como la puesta en marcha del reflector eran de una gran simplicidad. Los mandos estaban precisamente en un brazalete que llevaban sujeto en el antebrazo izquierdo.

Por último llegó el momento en que Dic y William ocuparon sus puestos en la plataforma. El jefe de la expedición había dado una orden y los ocho hombres que estaban delante de los dos amigos comenzaron a andar. Dic y William no vacilaron y siguieron con ellos. Poco después se encontraban situados y en disposición de ser lanzados. Los encargados de la plataforma apretaron de nuevo el botón y los dos amigos salieron disparados hacia su objetivo como flechas, para verse poco después flotando en la inmensidad submarina.

William apagó el reflector de su cabeza y puso en marcha su motor a toda velocidad. Dic, atento a la maniobra, hizo lo mismo.

Poco después se perdían en la oscura profundidad

CAPITULO IX

LA fuga de William y Dic paso inadvertida para el resto de los hombres sakchent que se preparaban para una salida a la superficie.

Dic seguía a William en la oscuridad de las profundidades marinas merced a la indicación que le daba la débil estela de su pequeño motor a reacción.

Durante mucho tiempo los dos hombres taladraron la compacta masa del Océano, alejándose a toda velocidad del lugar en que consideraban estaban sus enemigos. Por último, William se detuvo y Dic se aproximó a él a una señal de éste.

William no se atrevía a encender el foco de luz que llevaba su escafandra y Dic se deslizaba muy cerca de él, al objeto de no perderlo de vista. De vez en cuando, William tenía que consultar el instrumento de control que llevaba atado a su antebrazo izquierdo para no desviarse de su trayectoria. Las aguas empezaron a romper su inquebrantable oscuridad y una luz difusa les venía de la parte de arriba. Poco a poco, la luz fue creciendo en intensidad y, por fin, los dos hombres salieron a la superficie del Océano en un poderoso salto que los elevó varios metros por encima del mismo, a impulsos de la velocidad que llevaban. Cuando volvieron a caer chapotearon en el agua. Los dos hombres pararon sus motores a reacción y quedaron sobrenadando en la superficie.

—¿Cómo ha ido la cosa, Dic? —preguntó William.

—Perfectamente, viejo. Te puedo asegurar que jamás hubiera creído que nos escapáramos de semejante ratonera.

William miraba en todas direcciones y el amplio mar se abría ante sus ojos como la quieta y pulida superficie de un espejo. Por la altura del sol dedujo que estaba atardeciendo.

—¿No te parece sorprendente la situación?

—Sorprendente es poco; me parece milagrosa, querido William. Todo me parece más hermoso y mejor que nunca.

—Sí, pero no me refiero a eso. ¿No te das cuenta?

—¡Demonios!... ¡Es cierto! Ha cesado la tempestad.

En efecto; había desaparecido aquel terrible bramido del mar embravecido y el cielo aparecía límpido y transparente, dejando lucir en todo su esplendor al sol del ocaso.

Los dos hombres se encontraban flotando sin dificultad alguna, mientras que un silencio impresionante les envolvía, dando al azul

horizonte una nueva e indefinible dimensión.

—*Dichoso aquel que tiene la casa a flote*… —comenzó a recitar alegremente Dic.

Pero William le cortó rápido.

—No te alegres demasiado, viejo tiburón; ten en cuenta que nos encontramos a muchos kilómetros de la costa más próxima y me parece que este endiablado motor que llevamos a la espalda no sirve más que para la navegación submarina.

—Bien. Si no hay otro remedio, iremos navegando por debajo del agua hasta que tu dura cabezota tropiece con los bloques de piedra y cemento del puerto de Nueva York.

William no pudo menos que sonreír ante la disparatada salida de su amigo.

—No te digo que no lo intentemos. Dic, pero te aseguro que la empresa que tenemos por delante tiene tanta o más categoría y tantas o más dificultades que la que acabamos de realizar.

—De todas formas, lo intentaremos. Además, te aseguro una cosa, viejo, y es que prefiero morir en la superficie del mar que allí, en esa nauseabunda burbuja que han hecho los hombres sakchent en la profundidad del Océano.

—¡ Calla! ¿No oyes nada?

Dic aguzó el oído ante la voz imperiosa de William. Después, comenzó a percibir un extraño mosconeo.

—Sí, William. Oigo un zumbido. Me parece que se trata de un avión.

—Eso es lo que pienso —dijo William—. ¿Ves algo?

Los dos hombres otearon en derredor suyo sin que pudieran advertir en el espacio abierto la presencia de ningún aeroplano.

—¡Demonios! Debe estar todavía muy lejos.

—No quiero hacerme ilusiones, Dic, pero se trata de un avión. Desgraciadamente, hemos salido a la superficie demasiado lejos de la costa. Ten en cuenta que el sol se está ya ocultando y las tinieblas de la noche van a caer rápidamente sobre nosotros.

Poco después pudieron oír más perfectamente el zumbido del aparato, pues, en efecto, se trataba de un avión, y vieron a enorme altura cruzar por encima de ellos un gran hidroavión que reconocieron como uno de los aparatos de la Marina de los Estados Unidos.

—Sí. Es un avión nuestro, William. Míralo. ¡Ehh! ¡Ehhh! —comenzó a gritar Dic.

—No seas insensato, Dic. No pueden vernos... No pueden oírnos.

El avión pasó a gran altura sin que detuviera su marcha.

—Pero, ¡demonios!, William, tenemos que hacer algo. No nos han visto.

—No gastes inútilmente tus fuerzas, Dic. Tú sabes que a esa altura es muy difícil ver dos puntitos como nosotros en la inmensidad del mar.

Dic miraba con ojos desesperados cómo el avión se iba perdiendo mar a dentro hasta ser sólo un puntito que desapareció totalmente.

Pasó el tiempo y las horas de la noche se echaron encima, cubriendo el mar con un oscuro manto. William y Dic empezaban a desesperar de su situación

—Esto me da mala espina, William. Somos dos viejas goletas dejadas al garete y haciendo agua por todas partes.

—Dios quiera que nuestro equipo de inmersión tenga la autonomía suficiente para que podamos llegar a las costas de Estados Unidos, pues me parece que no vamos a tener más remedio que intentarlo.

Apenas había pronunciado estas palabras cuando el oído de los dos amigos fue herido de nuevo por otro zumbido que indudablemente correspondía al motor de un avión.

—Otro avión, William.

—Sí. Lo estoy oyendo.

—¡Demonios, qué mala suerte! Ahora sí que no nos van a poder ver.

—Espera —dijo William—. Quizá ahora sea mejor. Enciende la luz de tu escafandra.

—¡Es cierto! No se me había ocurrido.

Los dos amigos encendieron el poderoso foco que llevaban en la escafandra. La noche fue desgarrada por los dos haces luminosos.

—Lo mejor —dijo William— es que intentemos dar vueltas, al objeto de que los haces de luz barran la superficie del mar. Tal vez esto se haga visible a los tripulantes de este nuevo avión.

Los dos amigos comenzaron, pues, a nadar en pequeños círculos mientras el zumbido del avión se aproximaba por momentos. Por último, creyeron escucharlo encima de sus cabezas. Luego, aquel zumbido se detuvo en el aire.

—Dic, me parece que están dando vueltas en círculo sobre nuestras cabezas.

—Sí. Eso creo, viejo. Sigue dando vueltas también tú, no sea que nos pierdan de vista.

Poco después, el aparato descendía y pasaba a pocos metros de la cabeza de aquellos dos hombres.

Dic saltó en el agua, agitando los brazos con entusiasmo.

—¡Aquí!... ¡ Aquí! —decía en el paroxismo de su alegría, sin tener en cuenta que de ninguna manera podían escucharle desde el interior del avión.

El aparato volvió de nuevo y otra vez pasó a la altura de unos pocos metros sobre el lugar que ocupaban los dos amigos.

—Lo malo de esto —dijo William— es que van a creer que somos enemigos, o por lo menos van a sentirse desconcertados. No hay ningún otro equipo de inmersión parecido al que nosotros llevamos en toda la Tierra.

El avión había dado la vuelta otra vez en dirección a los dos amigos.

—Agita los brazos. William. Tal vez esto les demostrará que somos amigos y que necesitamos auxilio.

Los dos amigos lo hicieron así y el avión volvió a distanciarse para volver otra vez, pero esta vez lo hacia lentamente.

El haz de luz de la escafandra de William dio en la superficie plateada del aparato.

—Está amarizando.

En efecto; el avión, un poderoso tetramotor, estaba descendiendo hasta que su poderoso vientre rozó la superficie del agua.

—Sí, William, sí. Se trata de un tetramotor anfibio.

Poco después, el aparato se detenía, posado sobre el agua como una gran libélula.

Los minutos fueron pasando angustiosamente. Dic y William comenzaron a nadar hacia el avión. De pronto, vieron que una pequeña embarcación era dirigida hacia ellos, en la que iban un grupo de hombres apuntándoles con sus fusiles ametralladores.

—¡Demonios! Si supiera cómo quitarme con facilidad esta escafandra...

—No importa —dijo Dic—; puedes gritarles igual, puesto que se oye perfectamente, como te estoy oyendo yo en estos momentos.

—¡Ehhh!... ¡ Los del bote! ¡Aquí, el capitán William Kennedy, de la Flota de los Estados Unidos!

—¿Cómo dice? —gritó una voz desde el bote que se acercaba.

—¡Capitán William Kennedy y capitán Dic Temple, de la Flota de los Estados Unidos!

—¡Santo Dios! —oyeron cómo exclamaban los hombres que tripulaban la barca. Rápidamente se aproximó hasta ellos y poco después eran subidos a la misma

—¿Pero quién demonios son estos dos seres? —dijo el que capitaneaba el bote.

Poco después, los dos hombres se encontraban desprovistos del equipo de inmersión y aparecían en su verdadera efigie ante los hombres que los habían recocido.

—Capitán, a sus órdenes —dijo el oficial que mandaba el bote.

—Soy el capitán William Kennedy.

Sí, lo sé. Le conozco. ¿Quién no conoce a usted y quién no conoce al capitán Dic Temple? Es asombroso que hayamos dado con ustedes.

Poco después, mientras se daban las explicaciones oportunas, William y Dic eran subidos al avión, que emprendía nuevamente el vuelo en dirección a su base en la costa de los Estados Unidos.

CAPITULO X

EL avión en que viajaban los dos amigos había establecido contacto con la Tierra y recibido la orden de cambiar de rumbo y dirigirse no hacia su base habitual, sino hacia la propia capital federal de los Estados Unidos.

William y Dic escucharon de labios del comandante del aparato la gran casualidad que había sido el que pudieran rescatarlos. Sin saber por qué, la terrible tempestad que azotaba la tierra desde hacía varios días había cesado casi automáticamente.

Entonces, las fuerzas de los Estados Unidos habían ordenado el despliegue de muchos aviones, al objeto de hacer un recorrido por todo el mar y ver si era posible todavía rescatar algunas víctimas de los muchos naufragios que habían acontecido en los días anteriores.

La necesidad de desviarse de su ruta por un pequeño incidente les había hecho pasar por encima de ellos y poder rescatarlos.

Cuando el avión llegó a Washington, sacó de su amplio vientre el tren de aterrizaje en tierra y le posó sin ninguna dificultad en el aeródromo.

Allí mismo los esperaba el almirante Tarrington, que recogió a los dos amigos en su automóvil y a toda velocidad partieron hacia la Casa Blanca, donde el Estado Mayor conjunto estaba reunida en espera de los dos capitanes tan milagrosamente rescatados.

William, a través del equipo emisor del avión, había advertido al almirante Társington que iba a dar un informe sensacional y que era preciso tomar medidas en el acto. Así, pues, cuando llegaron a la Casa Blanca estaban todos esperándoles e inmediatamente pudo William pasar a hacer el informe del acontecimiento.

Cuando terminó, el asombro más grande se reflejaba en todos los rostros.

—Entonces, no cabe la menor duda —dijo el general jefe del Estado Mayor— de que nos encontramos ante un enemigo con intención de atacarnos.

—Así es, mi general.

—No sé qué medidas podríamos tomar contra ellos —continuó éste—. Pero indudablemente hemos de dar la alarma a todo el mundo para aprestarnos a la lucha.

—Afortunadamente ha cesado la terrible tempestad que nos tenía inmovilizados a todos —intervino Tarrington.

—Sí, quizá eso es debido a la destrucción que hizo el capitán William Kennedy en aquel extraño edificio en el fondo del mar —intervino con voz serena el presidente—. De todos modos, es previsible que debemos operar con gran rapidez, pues muy bien pueden recuperar el instrumental afectado por los golpes del capitán y volver de nuevo a lanzar sobre el planeta esa horrorosa tempestad, que nos imposibilitaría la ya casi imposible acción contra nuestros enemigos.

—Ese es el caso —dijo William—. Tenemos que proceder con rapidez. Sin embargo, no veo la forma en que podamos hacerlo. Se encuentran a ocho mil metros bajo el mar. No disponemos dé ninguna clase de aparatos que puedan llegar hasta allí. Nosotros traemos dos equipos de inmersión que son capaces de hacerlo, pero ¿qué pueden hacer dos hombres contra un enemigo poderoso y organizado?

—Tal vez pudiéramos producir esos equipos en serie —dijo el Almirante Tárrington— con los cuales podríamos dotar a nuestros marinos e incluso a la Infantería, e intentar un ataque a esa ciudad-burbuja.

—Aunque así fuera —dijo Dic—. No creo que consiguiéramos gran cosa.

En primer lugar: poseen armas formidables, que podrían acabar con nosotros antes de que fuéramos capaces de hacerles daño alguno y, aun suponiendo que consiguiéramos acercarnos a esa ciudad-burbuja, no veo de qué manera podríamos penetrar en ella sin disponer de esas extrañas plataformas de lanzamiento de las que ellos se sirven para atravesar la barrera de aire.

Las palabras de Dic, confirmadas luego por William, llenaron de consternación a todos los hombres del Estado Mayor conjunto.

—De todos modos —dijo el Presidente— deben estar todos alerta. Declararé el estado de guerra en todo el territorio de la Unión. Espero, señores, que ustedes sean capaces de organizar sino un ataque a esa inaccesible base enemiga, por lo menos una defensa eficaz de nuestros territorios.

—Señor Presidente —dijo el General Jefe del Estado Mayor—. Estoy seguro de que el ejército de los Estados Unidos estará a la altura que se puede esperar de él. Sin embargo, he de hacer constar que en la actualidad nos encontramos con escasísimos medios, ya que la mayor parte de nuestra flota fue hundida en los primeros días del temporal y muchos de nuestros aviones fueron destruidos en el aire o en los propios aeródromos. De todas maneras, Señor

Presidente, nuestro ejército sabrá utilizar los medios de que disponemos e intentará improvisar los que hagan falta.

A partir de este momento, el Estado Mayor quedó constituido en sesión permanente, bajo la presidencia directa del Presidente de los Estados Unidos.

Dic y William fueron autorizados a abandonar la sala, para dirigirse rápidamente a uno de los despachos contiguos de la Casa-Blanca al objeto de hacer un informe detallado al grupo de sabios, que esperaban las noticias más exactas posibles sobre el extraño gas que habían podido experimentar desdichadamente algunos miembros del «Escualo».

* * *

Los días siguientes fueron de una febril actividad para Dic y William, como asimismo para Jansen y Browm. El Presidente de los Estados Unidos había dado la voz de alarma a todos los rincones de la Tierra y de todas partes llegaban comunicados, advirtiendo de las medidas que se tomaban o que pensaban tomarse para enfrentarse contra un eventual ataque de los hombres sakchent.

Browm y Jansen, con la colaboración de un poderoso equipo de hombres de ciencia venidos de todas las partes del mundo y utilizando un complejísimo instrumental, estaban intentando localizar exactamente la ciudad-burbuja que servía de base de operaciones para los hombres sakchent desde uno de los lugares más profundos del Océano Pacífico.

William y Dic habían sido encargados de intentar la fabricación en serie de aquellos maravillosos equipos de inmersión.

Asesorados por un magnífico equipo de sabios habían desmenuzado hasta la última partícula de uno de ellos, al objeto de desentrañar el secreto de los mismos. A parte de todas partes llegaban contactos con el Estado Mayor, al objeto de ir aunando la acción ante la posibilidad de un ataque enemigo.

En aquellos momentos, Dic y William hablaban con el profesor Toscani sobre las posibilidades de culminar su empresa.

—Todo está claro, querido capitán. Hemos podido dar con el simple pero maravilloso mecanismo que permite a los hombres-rana de sakchent soportar la tremenda presión de las profundidades del mar. Todos los instrumentos de control y de aprovechamiento de oxígeno han sido estudiados y están a nuestro alcance. Incluso el motor de reacción que llevan a la espalda. Sin embargo, hay un

inconveniente grave y es que no disponemos de ningún combustible capaz de actuar eficazmente debajo del agua. Es decir, disponemos de uno, el mismo con que se cargó el «Tritón Volador» para su viaje interestelar, pero ya sabe usted, capitán cuán difícil es producir ese combustible. Necesitaríamos además hacer una pequeña modificación al motor, cosa de menos importancia; en fin, precisaríamos varias semanas para conseguir la cantidad necesaria de ese combustible para dotar a un regular ejército.

—Sí, profesor. Así es.

—De todos modos no tendremos otra solución; hemos de lanzarnos a conseguir una reserva suficiente de ese combustible que alimentó al «Tritón Volador» para que pueda ser utilizado por nuestro ejército de hombres rana. Desde luego, he dado las órdenes oportunas a las distintas fábricas que están bajo nuestro control para que comiencen, —acabó el profesor Toscani—; pero si el ataque enemigo se produce antes, entonces todo nuestro esfuerzo será inútil.

Dic, que estaba mirando atentamente a William, intervino desviando la conversación.

—La cosa está clara por el momento. Por de pronto, creo que es importantísimo que intentemos descansar un poco. Llevarnos varios días sin dormir y sin comer apenas. ¿No crees que debemos intentar reponer nuestras fuerzas

—Sí —intervino el profesor Toscani—. Precisamente yo quería decirles lo mismo. Ustedes necesitan descansar. Después de todo, nosotros los hombres de ciencia del equipo que trabaja a sus órdenes, nos relevamos con frecuencia y podemos atender a nuestras necesidades corporales. Ustedes, en cambio, han estado inquebrantablemente entregados hasta el último minuto a esta tarea. Más vale que intenten reposar esta noche y mañana podrán de nuevo encargarse de sus ocupaciones.

William comprendió que las palabras del profesor y de Dic eran muy justas. En realidad, se sentía profundamente fatigado, al extremo de que dudaba si podría permanecer unas horas más de pie sin caer al suelo, agotadas ya todas sus fuerzas. Así, pues, los dos amigos se despidieron del profesor y se dirigieron hacia su residencia, donde poco después se encontraban durmiendo profundamente.

Pero tampoco aquella noche debía ser para los dos amigos una noche de reposo. Pocas horas después de haberse acostado y cuando estaba muy cercana la hora del amanecer, fueron llamados con

urgencia por un enlace del Alto Estado Mayor.

Dic y William se vistieron apresuradamente y en pocos minutos se trasladaron a la sede del mismo, donde en pocas palabras, les explicó la situación el Almirante Tárrington.

—Amigo--, creo que el enemigo está intentando ya las primeras operaciones de conquista de la Tierra.

—¿Qué es lo que ha sucedido? —preguntó William.

—Hemos recibido no hace mucho un informe de New York, en el que nos comunican que más de dos millones de personas han muerto, sin que los médicos hayan podido determinar con exactitud las causas que les han producido la muerte.

—Seguramente que se trata del gas letal. —dijo William.

—Eso sospecho. Hemos comunicado a los profesores Jansen y Browm la situación y han acordado que se evacue Nueva York hacia los puntos por ellos establecidos, previo cálculo de la dirección del viento. Si se trata de la nube mortífera de los hombres sakchent pensamos que será arrastrada por los propios vientos de la Tierra. Esto nos permite en cierto modo esquivarla un poco. Así y todo —terminó Tárrington— los muertos se encuentran por millones y no cabe la menor duda de que muchos más caerán bajo los efectos mortales de esa nube. Ni los medios de transporte ni las carreteras son suficientes para hacer una evacuación total de la costa en el tiempo necesario para esquivar la nube.

—Estoy anonadado —dijo Dic.

—De todos modos —continuó Tárrington— no podemos perder tiempo. Considerando, como siempre, la doctrina de nuestro Estado Mayor de que la mejor defensiva es el ataque, es preciso destruir esa ciudad- burbuja de los hombres sakchent.

—Pienso lo mismo—dijo William— pero no comprendo de qué manera vamos a conseguirlo.

—Solo hay una forma —dijo Tárrington—. Es preciso que destruyamos aquella extraña torre y junto con ella la maldita ciudad-burbuja. El «Tritón Volador»...

—Es cierto —dijo William en aquellos momentos— Pero para destruir aquella ciudad el «Tritón Volador» no nos sirve, porque no tiene armas de ataque.

—Hemos pensado en ello. Avisamos, al igual que hemos hecho con ustedes, a la mayor parte de científicos que intervinieron en la construcción de la astronave. Se reunirán con ellos en nuestra factoría secreta del desierto de Arizona y allí se construirán unos

tubos lanza-torpedos, adaptables al «Tritón Volador». Luego, transportados a la base naval donde descansa la astronave, se colocarán y se intentará el bombardeo atómico de la ciudad-burbuja.

Dic y William comprendieron que era la única salida que quedaba a los terrestres para librarse de aquel peligro que había comenzado a activarse, produciendo en el primer embate varios millones de muertos en Nueva York.

—¿Cuándo podremos, pues, partir hacia nuestra base en el desierto de Arizona?

—Si no tienen un grave inconveniente —dijo Tárrington— deben hacerlo ahora mismo.

Los dos amigos aseguraron que estaban dispuestos a hacer el viaje y poco después emprendían la marcha en un avión a reacción que había de llevarles rápidamente hacia la base, donde estaban continuamente aterrizando los aparatos que llevaban a todos los científicos que habían intervenido en la construcción del «Tritón Volador».

Dic y William aportaban sus valiosísimos conocimientos de la astronave y la obra fue creciendo en un alarde de rapidez y eficacia.

Da vez en cuando, llegaban a la base secreta de Arizona alguna noticia concreta sobre la situación. La terrible nube mortífera había causado ya más de siete millones de muertos en su trágica marcha alrededor del planeta. En aquellos instantes estaba cruzando la parte noroeste del Canadá y todos los observatorios de la Tierra se comunicaban datos precisos sobre la posible dirección del viento, al objeto de ponerse a salvo de aquel terrible azote.

Aquel día, Dic había salido al amanecer en un rapidísimo avión de propulsión, con el fin de trasladarse al desierto de los Álamos.

Serian las seis de la tarde cuando su aparato aterrizaba de nuevo en el aeropuerto preparado en el desierto de Arizona.

—Bien. Dic —dijo William, una vez hubo éste saltado a tierra— ¿Cómo has encontrado las cosas?

—Magnífico, William. He visto los torpedos. Ya están acabados. Poseen una carga de Hidrógeno capaz de deshacer no una sino cien o cien mil ciudades como la que queremos atacar.

—Entonces, cuando terminemos los tubos podremos emprender rápidamente la marcha ¿No es así?

—Sí; he hablado con el profesor Olot y me ha asegurado que no tendría ningún inconveniente en comprometerse para dentro de dos

horas.

—Creo que nuestros tubos quedarán terminados mañana mismo.

—¿Qué piensas hacer, William?

—Pienso trasladar inmediatamente éstos a la base naval donde está el «Tripón Volador» y colocarlos según los planos que tenemos previstos. Tardaremos aproximadamente dieciocho horas en realizar la operación.

—¡Ojalá no sea tarde, William!

—Yo también temo que pueda suceder así, pero no podemos hacer más.

Los dos amigos se dirigieron hacia la factoría, cuando, antes de entrar, un oficial de enlace vino corriendo a su encuentro.

—Capitán, capitán.

—¿Qué sucede teniente?

—Tiene una visita.

—¿Una visita?

—Sí. Le está esperando en su despacho del Cuartel General.

—¿De quién se trata?

—No sé, capitán. Me ha dicho que quieren darle una sorpresa.

—Bien, Dic. Voy a ver qué es ello.

—De acuerdo, William. Ya iré yo a hacer la inspección que pretendíamos.

Los dos amigos se separaron y William se dirigió con paso rápido hacia su despacho en el edificio destinado al Cuartel General de la base secreta del desierto de Arizona.

Apenas había dado un paso en el interior del mismo, cuando sintió que su corazón se paraba por una fracción de segundo.

—¡William…! —gritó una deliciosa voz femenina.

—¡Ylún…!

Los dos seres se fundieron en un entrañable abrazo.

—Pero ¿cómo? ¿Eres tú? Si me parece un sueño.

—Si. William, soy yo.

—Déjame que te vea. ¿Cómo te encuentras?

—Perfectamente. Hemos hecho un viaje estupendo.

—Pero ¿cómo? ¿Eres tú? Si me parece un sueño. Atomón? ¿Qué os ha sucedido?

—Calma, calma, William. Todo lo sabrás a su tiempo. Por de pronto vuelve a estrecharme entre tus brazos. Necesité tanto ésto en

algunos momentos, allá en Atomón.

William estrechó dulcemente a la muchacha contra su pecho y depositó un tierno beso en sus cabellos.

—Bueno. Dime.

Iba a continuar hablando cuando de repente se dió cuenta de que había otro personaje allí. Centró su mirada en él y le reconoció al instante.

—Vinko.

—No he querido interrumpiros —dijo el hermano de Ylún, con una sonrisa. Ha sido conmovedor el veros.

Los dos hombres se abrazaron también efusivamente.

—Pero, bueno —dijo William— ¿cómo os encontráis vosotros aquí?

—Hemos conseguido la victoria —repuso Vinko—. Afortunadamente pudimos destrozar algunas de las bases exteriores de la Confederación Sakchent. Esto hizo que cuadro ciudades-burbuja desaparecieran definitivamente bajo el mar. Uña poderosa reacción popular derribó al perverso gobierno de la Confederación y hoy son hombres honestos y responsables los que dirigen los destinos de este pueblo hermano.

Conseguimos, pues, salvar a nuestro planeta de la destrucción total que se le avecinaba y aquí nos tienes —dijo Ylún.

—No creas que ha sido muy fácil convencer a nuestro Estado Mayor para que nos dejara venir tan rápidamente —intervino Vinko.

—¿Existe todavía algún peligro?

—No, pero Ylún, como siempre, se ha portado magníficamente. El Gobierno de Samá tiene proyectado un gran homenaje a mi hermana.

—No le hagas caso —replicó Ylún.

Di que fue uno de los principales artífices en la victoria que hemos obtenido.

—Bueno, si quieres, fuimos los dos —dijo Ylún con una sonrisa.

William no necesitó que le explicaran más, conocía el arrojo de aquella muchacha y sabía que habría estado en el sitio de más peligro.

—Bien. Os consideraréis huéspedes míos desde este instante.

—Vinko tiene que volver a Washington —dijo la muchacha—. Aterrizamos en el aeródromo de la capital federal y nos dimos a conocer al Gobierno de los Estados Unidos. Somos huéspedes de tu

Gobierno, así y todo yo he pedido una autorización especial para estar junto a ti.

—Yo hubiera querido hacer lo mismo. William — terció Vinko pero se me adelantó Ylún.

—Supongo que ya sabréis la situación en que nos encontramos ¿no?

—Sí; por eso te decía que quería haber hecho lo mismo que Ylún. Quiero estar a vuestro lado y ayudaros cuanto pueda. Pero me veo forzado a permanecer en Washington, puesto que allí también es precisa mi presencia.

—Sí —intervino Ylún— Vinko puede resolver muchos problemas técnicos y teóricos del equipo de sabios que trabaja allí para localizar con exactitud la ciudad-burbuja.

Los tres amigos continuaron durante largo tiempo comunicándose sus impresiones y, poco después, fue Dic el que se sorprendía al ver a Ylún y Vinko en compañía de William. Se reprodujo la escena de salutación emocionada y los cuatro amigos brindaron por el feliz encuentro y por la victoria de los terrestres sobre aquel núcleo maligno de hombres sakchent, que habían situado su guarida en el mismo corazón del Océano para sembrar, desde allí, la destrucción y la muerte sobre todo el planeta.

CAPITULO XI

UN fantástico equipo se aproximaba hacia la base naval donde estaba el «Tritón Volador».

La nube venenosa había dejado una pesada estela sobre toda la costa de los Estados Unidos y los hombres encargados de colocar los tubos lanza-torpedos y de hacer el transporte de los torpedos atómicos tenían que ir provistos de equipos de oxigenación autónoma, al objeto de no respirar ni una sola partícula de aquella atmósfera infectada por el gas mortífero.

Dic, William e Ylún hacía varias horas que se encontraban en la base naval y, asimismo, parecían seres fantásticos que se movían cansadamente bajo el equipo tan pesado que tenían que soportar.

La caravana se fue aproximando a la costa por la carretera. Por fin llegó a su destino aquel ejército de seres fantásticos, que procedió a descargar los tubos lanza torpedos, en sus distintas piezas, y poco a poco fueron trasladados hacia los costados del «Tritón Volador».

William e Ylún disponían de una pequeña pero potentísima embarcación a motor que les permitía desplazarse con gran rapidez en todas las direcciones, dando las órdenes oportunas para la colocación de los tubos.

Por su parte, Dic se encargaba del reconocimiento a fondo del «Tritón Volador» para ponerlo en disposición de realizar su hazaña.

Ylún era un miembro más de la operación, no sin que antes pusiera serias objeciones el Almirante Tarrington. Fue necesario que interviniera Vinko e informara al Almirante de la categoría militar de Ylún en Atomón para que este, asombrado de que aquello pudiera darse en usa muchacha tan deliciosa, accediera a que participara como un miembro más de la operación.

Casi dos días costó a aquellos hombres hacer la instalación necesaria. De vez en cuando, ordenadamente por equipos, eran recogidos por helicópteros que les llevaban a unos cientos de kilómetros, al objeto de poderse desprender de la careta de oxigenación autónoma y respirar normalmente el aire de la atmósfera. Asimismo volvían a reponer las cargas de oxígeno de los depósitos que llevaban a la espalda para volver, poco después, a ocupar sus puestos en la gran tarea que se les había impuesto. Por fin, William pudo dar el visto bueno a lo que se había realizado. El «Tritón Volador» se encontraba en perfectas condiciones según el

informe de Dic, y los tubos lanza-torpedos, en número de cuatro, con su dotación completa de torpedos estaban listos para entrar en acción.

William comunicó por radio al Estado Mayor que estaban dispuestos para hacerse a la mar y, poco después, era el propio Vinko el que traía la orden de partida, junto con un mensaje personal del Presidente, haciendo los más profundos votos por el éxito de la misma.

—Sí, William. Aquí me tienes —decía Vinko en aquellos momentos—. He solicitado permiso para acompañaros. Después de todo, ya poco tengo que hacer con los científicos de la Tierra. Si esta operación fracasara todo seria inútil. Por tanto, he querido correr este riesgo junto a ti y mi hermana.

William se alegró de tener a aquel experto hombre junto a si en momento tan delicado.

—De acuerdo, Vinko y te doy las gracias. Estoy seguro de que necesitaremos toda nuestra inteligencia y todo nuestro esfuerzo para llevar a buen fin esta aventura.

Luego, dirigiéndose a Dic, ordenó brevemente.

—Dic, prepara todas las cosas para partir. Lo haremos dentro de media hora.

—A tus órdenes —dijo Dic, mientras se dirigía a dar las órdenes oportunas para la salida.

Ya estaba todo previsto para zarpar, cuando el oficial de comunicaciones advirtió a William de que había un mensaje para él del Presidente del Estado Mayor.

Este se dirigió a la cabina de comunicaciones y se puso al habla con el Almirante Tarrington.

—«...Capitán William —dijo éste—. Háganse a la mar inmediatamente».

—Eso iba a hacer, Almirante.

—«Pero no pierda ni un solo segundo —volvió a contestar éste —. Una flota de unas ochenta naves enemigas se acercan a las costas de los Estados Unidos».

—¿Qué dice, Almirante? Es sorprendente.

—«Sí. Unos aviones de reconocimiento las han localizado a unas setecientas millas de nuestra costa. Ha llegado el momento de que nos enfrentemos con esos hombres. No sé cómo podremos enfrentarnos con sus modernísimas armas, pero es indispensable que salgan ustedes y que procuren no tropezarse con ellos. Si destruimos su base, aún hay posibilidades de victoria».

—A sus órdenes, Almirante —dijo William—. Ahora mismo vamos a hacer la salida. ¿Pueden marcar nuestra situación mientras navegamos por la superficie a los aviones que supongo saldrán al encuentro de esos barcos?

—«No hay aviones —dijo el Almirante Tarrington, con un extraño timbre en la voz—. Se encuentran todos imposibilitados para hacer el despegue».

—Pero ¿qué dice usted, Almirante?

—«Sí. Una extraña vegetación ha surgido en todos nuestros aeródromos, creciendo por segundos y haciendo imposible la salida de ninguno de nuestros aparatos».

William se quedó sin saber qué contestar ante aquella revelación.

Fue Ylún la que intervino:

—Ya sé de qué se trata, William. Eso es cosa de los hombres sakchent.

—Pero ¿qué demonios de vegetación es esa?

—Sí. Son las llamadas algas-cancerosas. Las conozco muy bien. Son algas que en contacto con el aire proliferan de una manera tremenda al igual que el cáncer en los organismos humanos. En pocas horas son capaces de poblar una gran extensión, alcanzando más de diez metros de altura.

—Pero, bueno, eso es…

—Sí, William. —cortó Ylún— Estoy segura de que es ello.

El Almirante Tárrington, que había estado escuchando la conversación se dirigió a Ylún:

—«Entonces ¿está usted segura de que será una cosa así?»

—Sí, estoy segura.

—«¿Cree usted que podemos hacer algo?»

—Un momento, Almirante —dijo la muchacha.

Luego se dirigió a su hermano.

—¿Hemos traído en nuestro aparato el yodo radiactivo?

—Sí. Afortunadamente llevo la dotación completa de eso. Ya sabes que nuestros aparatos nunca viajan sin ello.

—Sí, Almirante —dijo Ylún, volviendo a dirigirse por el micrófono—. Mi hermano dispone en su aparato de una pequeña dotación de bombas de yodo radiactivo. Una pequeña bomba de éstas, lanzada en un lugar donde se encuentren las algas cancerosas, las destruye en pocos segundos.

—«¿Está con usted su hermano?»

—Sí, aquí estoy, Almirante Tárrington —contestó éste.

—«Pronto… ¡Por Dios! Véngase usted hacia aquí. Es preciso organizar la lucha contra esas endiabladas algas cancerosas».

—De acuerdo, Almirante —dijo Vinko.

Poco después quedó cortada la comunicación.

—Bien —dijo Vinko a su hermana y a William—. Estaba de Dios que no tenía que ir con vosotros a esa expedición.

—Ya ves que la Tierra necesita tus servicios, Vinko —dijo William.

—De acuerdo, de acuerdo. No perderé ni un instante.

Rápidamente abrazó a su hermana y la besó tiernamente. Luego, un apretón de manos a William y se volvió rápidamente para que no vieren que dos lágrimas asomaban a sus ojos. Con paso firme se dirigió hacia el automóvil que lo esperaba, al objeto de trasladarse al aeródromo y poner su aparato y experiencia al servicio del Estado Mayor de los Estados Unidos.

CAPITULO XII

EL «Tritón Volador» había realizado perfectamente la maniobra. Al principio, navegó por la superficie hasta salir al mar abierto. Luego, se sumergió, al objeto de poder evitar la flotilla enemiga que se dirigía hacia las costas de los Estados Unidos. Todos los hombres de la tripulación hacían votos porque el bombardeo de pequeñas bombas de yodo radioactivo pudiera resolver la situación en los aeródromos de la Tierra. De otro modo, sería imposible enfrentarse con las poderosas armas de las pequeñas pero eficaces naves de Sakchent.

Las horas fueron pasando y el «Tritón Volador» fue acercándose hacia su objetivo.

—Nos encontramos a seis mil cuatrocientos metros de profundidad —comunicaba Dic en aquellos momentos.

William e Ylún hacían cálculos sobre los planos proporcionados por los profesores Jansen y Browm, respecto al lugar exacto en que se encontraba la ciudad-burbuja sakchent.

—Atención, máquinas, cinco grados a estribor. Angulo de inmersión dos grados más.

En el interior de la astronave se guardaba el más absoluto silencio solamente roto por los informes y órdenes necesarios para la navegación.

—Tubos lanza-torpedos, preparados —dijo William.

—Estamos haciendo una última revisión de los mismos —contestó Dic—. Parece que soportan perfectamente la presión.

—¿A qué distancia estamos de nuestro objetivo, William? —volvió a preguntar Dic.

William consultó la carta plano que le habían facilitado los profesores e hizo un pequeño cálculo.

—Nos encontramos a unas treinta millas.

—¿De qué distancia haremos los disparos?

—La máxima distancia desde donde podemos disparar es de cinco kilómetros. Desde más lejos reduciríanse grandemente las posibilidades de hacer blanco.

Dic miró fijamente a los ojos de William..

—Si —dijo éste, con una voz como un susurro—. Es lo que tú piensas, Dic. Quizá nosotros suframos también los efectos de la explosión.

—¿No crees que debes decírselo a los hombres?

—Siento llevarlos engañados, pero ¿para qué voy a proporcionarles este sufrimiento?

Ylún se apretó instintivamente contra William y éste le pasó un brazo por los hombros, animándola con una sonrisa.

—Es demasiado lo que ponemos en juego para arriesgarnos a no hacer blanco.

—Yo te comprendo, William —dijo Ylún—. Desde el primer momento sabía que sería así.

—No te preocupes.

La nave siguió avanzando. De pronto, de la sala de control llegó un breve informe.

—Tele-radar registra presencia naves enemigas a unos ochocientos metros a babor.

—¿Qué velocidad llevan? —preguntó William.

—Tres veces la nuestra.

—Máquinas a toda marcha —ordenó William.

—De todas formas, nos alcanzarán. Son mucho más rápidos que nosotros.

William no contestó aunque sabía con certeza que sucedería así. Su preocupación era intentar acercarse a la desesperada a la posición de tiro y poder hacer blanco en su objetivo

De pronto, unos poderosos reflectores taladraron las tinieblas de las profundidades marinas, perfilando la silueta del «Tritón Volador».

—¡Ya los tenemos ahí! —dijo William.

Una fuerte explosión sacudió la nave.

—Han hecho blanco en la parte posterior —dijo Dic, en cuanto se hubieron repuesto de la impresión.

—Afortunadamente el «Tritón Volador» no ha sido herido en una parte importante y podrá continuar su marcha —dijo Ylún.

—¡Que se cierren las compuertas —dijo William— de los departamentos posteriores!

El oficial de máquinas bajó una palanca y automáticamente las compuertas del tercio posterior del «Tritón Volador» se cerraron herméticamente.

—Hay que forzar las máquinas a toda presión.

—Si al menos tuviéramos armas con que repeler la agresión —se quejó Dic.

Pero el «Tritón Volador» no había sido construido para combatir y se encontraba completamente inerme, a merced de sus enemigos.

Cinco o seis naves sakchent se iban perfilando en la lejanía a través de los poderosos reflectores que servían para delatarlos.

—¡Pronto! ¡Conexión con Tierra!

El oficial de comunicaciones le puso en contacto con el Estado Mayor.

—«Aquí el Almirante Tarrington. Escucho al «Tritón Volador».

William cogió el micrófono.

—Nos encontramos a escasa distancia de la posición de tiro. En este momento somos atacados por una flotilla de submarinos enemigos.

—«¿No pueden escapar a la persecución?»

—Lo veo difícil, mi Almirante. Su velocidad es superior a la nuestra y no tenemos armas para rechazarlos.

—«Por Dios y por todos los Santos, William. Procuren llegar a la posición de tiro como sea».

—Eso intento, Almirante.

En aquel momento, otra explosión sacudió hasta el último remache del «Tritón Velador».

—Siguen haciendo blanco en nosotros —comunicó William.

Por suerte, el «Tritón Volador» tenía una estructura solidísima y ninguno de los dos embates habían conseguido herirlo de muerte.

—«No corte la comunicación, capitán —dijo el Almirante—. Queremos saber lo que sucede».

William preguntó al oficial de navegación.

—¿A qué distancia estamos de la posición de tiro?

—A unos ochocientos metros, capitán.

—¡Pronto! Tubos A y B preparados para disparar.

Un torpedo enemigo pasó a escasos metros de la proa del «Tritón Volador».

—Tubos A y B preparados —fue la respuesta.

—Canten en voz alta la aproximación al lugar de tiro.

—Setecientos metros —contestó la voz.

William puso en funcionamiento los complicados aparatos que tenían que determinar la trayectoria de los torpedos, según la localización de la ciudad-burbuja.

—Quinientos metros.

—Dic: encárgate tú de dirigir el tubo lanzatorpedos A y yo dirigiré el tubo B.

—Cuatrocientos metros.

Una nueva explosión hizo blanco en la cola del «Tritón Volador» y varios hombres cayeron rodando por el suelo.

Trescientos metros.

—Rápido. Rápido. —decía William sin poderse contener.

—Doscientos... Cien...

—¡Preparados para el tiro!

—Posición cero —dijo la voz.

—Tubos A y B: ¡...Fueeego!

Dic y William bajaron una pequeña palanca y de los costados del «Tritón Volador» salieron dos poderosos torpedos que hendieron las aguas con la velocidad de dos meteoros.

Los navíos enemigos se habían aproximado al «Tritón Volador» a tal extremo que era fácil percibir sus siluetas desde el mismo.

—En este momento, van a centrar la puntería — dijo Dic— creo que todo se acabó.

Dic contaba los segundos que faltaban para que llegaran los torpedos a su objetivo. Ya no tendrían ocasión de hacer otros disparos.

—Nueve... ocho... siete... seis... cinco... cuatro... tres... dos... uno... cero...

Todos los hombres de la tripulación contuvieron el aliento y los segundos fueron pasando sin que nada advirtiera la explosión de los torpedos.

Ya William iniciaba con su cara un gesto de desaliento, cuando una horrorosa explosión sacudió las profundidades marinas en un radio de más de cincuenta kilómetros.

El «Tritón Volador» fue sacudido como un pequeño cascarón y todos sus tripulantes cayeron al suelo en tremenda barahúnda. Luego, se desplazó a gran velocidad repelido por las ondas de expansión de la terrible explosión atómica. Poco después, se levantó sobre la cola para inclinar más tarde la proa y descender hacia el fondo del mar con velocidad creciente.

Un fuerte golpe advirtió a los maltrechos hombres de la tripulación que había encallado en las profundidades marinas. Durante más de veinte minutos fue casi imposible recobrarse del tremendo zarandeo producido por la expansión de la explosión atómica.

Dic y William fueron de los primeros en conseguir ponerse de pie, a pesar de que era difícil mantener el equilibrio por la posición vertical de la nave.

—¡Ylún…! ¿Cómo estás?

—Bien —dijo la muchacha mientras procuraba incorporarse.

—¡Pronto! que se numeren todos los hombres de la tripulación —ordenó Dic.

De los distintos rincones de la astronave fueron surgiendo los números que certificaban que los hombres de la tripulación, aunque maltrechos y heridos, seguían viviendo.

Las naves enemigas habían desaparecido, impulsadas por la poderosa corriente producida por la explosión atómica.

Una extraña voz sonó en el interior de la astronave.

—«…¿Qué ha sucedido? …¿Qué ha sucedido?»

Era el Almirante Tarrington que comunicaba a través del aparato de tele-radar que milagrosamente había quedado intacto.

—…«Por favor, contesten…» —se volvió a escuchar.

William se acercó, como pudo, a la cabina de comunicaciones.

—Aquí capitán William Kennedy. Almirante Hemos conseguido disparar. Creo que hemos logrado un blanco perfecto.

«¡Dios sea alabado! —pudieron oír que exclamaba el Almirante —. Y ¿cómo se encuentra el aparato?»

—Mucho me temo que estemos totalmente incapacitados para volver a la superficie.

Un silencio al otro lado de la comunicación indicó a William la impresión que esta noticia le causaba al Almirante Tarrington.

—«Capitán, no se desanime. Ya sabe que nosotros no podemos hacer nada por socorrerles, pero intenten todo lo humanamente posible».

—Tenga la seguridad que así lo haremos. Pero si no volviese a la superficie, quisiera morir con la conciencia tranquila de que los hombres sakchent han sido derrotados.

—«Sí. Los hemos derrotado —dijo el Almirante Tarrington—. Algunos de los aviones que pudieron despegar de nuestros aeródromos, gracias a la actuación de Vinko, junto con otros grupos venidos de Siberia, cuyos aeródromos no han sido afectados por la siembra de las algas cancerosas, han atacado a la flota enemiga con éxito y hemos conseguido destruirlos totalmente».

Todos les hombres de la tripulación habían escuchado las palabras del Almirante Tarrington y, a pesar de su angustiosa

situación, no pudieron reprimir un hurra estentóreo que llenó todos los ámbitos de la astronave.

—Haced una revisión a fondo de todos los instrumentos del aparato —ordenó William, animado por la victoria.

Poco después los informes que se fueron presentando eran más satisfactorios de lo que era previsible. El único problema estaba en que el «Tritón Volador» había hundido una buena parte de su proa en el fondo arenoso del mar y les motores a reacción del aparato habían quedado inutilizados.

—Si pudiéramos arreglar los motores —dijo William.

—Eso es imposible —contestó Dic—. La parte posterior de la astronave se encuentra totalmente inundada. Si abrimos las compuertas el agua llenaría todo el aparato.

—¡Esa es la solución. Esa es la solución! —dijo William.

Dic lo miro y por un instante creyó que su amigo se había vuelto loco.

—¿Cómo dices que ésa es la solución?

—Sí, las compuertas —dijo William.

—Tranquilízate, camarada —dijo Dic, mientras abrazaba con un gesto cariñoso a su amigo.

Ylún miraba absorta a aquel hombre.

—No estoy loco —dijo William—. Me refiero a las compuertas de los tanques de inmersión.

—¡Demonio! —no pudo menos que exclamar Dic—. Tienes razón. Quizá si desalojamos el agua de los depósitos de inmersión disminuyamos el peso de la nave lo suficiente como para ser empujados hacia arriba y desencallarse del fondo del mar.

—¡Es cierto! —dijo Ylún—. Quizá eso resolviera la situación

—¡Bendito sea Arquímedes! —volvió a exclamar Dic que veía aparecer un rayo de esperanza en lo que parecía situación desesperada.

—Los depósitos de inmersión ¿cómo están? —preguntó Dic al encargado del servicio.

Varios hombres maltrechos se levantaron del suelo y se dedicaron a revisar los aparatos que controlaban los depósitos de inmersión.

—Todo está en orden, capitán; los aparatos funcionan perfectamente.

—Entonces vamos a quemar nuestro último cartucho —dijo William—. Preparados para la maniobra. William se detuvo unos

momentos y todos quedaron en suspenso con la respiración contenida.

—¡Desalojen el agua de los tanques de inmersión!

El oficial encargado de este servicio pulsó un botón en su cuadro de mandos y hasta los oídos de los hombres encerrados en el «Tritón Volador» llegó un burbujeo exterior indicador de que el agua estaba siendo desalojada, merced a una poderosa corriente de aire.

—Depósitos de inmersión vacíos —comunicó el oficial.

Todos quedaron en silencio esperando que se produjera el milagro. El «Tritón Volador» pareció bambolearse un poco de derecha a izquierda. Por último, un fuerte tirón dio en el suelo con aquellos hombres.

—¡Lo conseguimos… lo conseguimos…! —gritó William.

—¡Eureka —dijo Dic, que en aquellos momentos pensaba en Arquímedes y se proponía solicitar su beatificación.

El «Tritón Volador» comenzó a ascender lentamente; todos los hombres olvidaron sus heridas y magulladuras para abrazarse uno a otro con la alegría completamente desbordada, que daban al interior del la astronave el aspecto de un manicomio.

Más de una hora tardó el «Tritón Volador» en hacer su trayecto. Por fin salió de la superficie, elevándose sobre la misma más de cinco metros a impulso del empuje sufrido. Luego, cayó al agua con un sonoro chapoteo y quedó balanceándose dulcemente sobre el mar tranquilo.

El almirante Tarrington, que había estado al tanto de la maniobra, felicitó efusivamente a los expedicionarios.

—¡Doy gracias a Dios, capitán, por haber permitido que concluyera esta empresa! Quiero ser el primer hombre en nombre de toda la humanidad que les dé las gracias a ustedes por haberla llevado a cabo. En este momento voy a ordenar la salida de todos los aviones disponibles al objeto de que los recojan.

Dic, William e Ylún permanecían estrechamente abrazados y sus corazones latían aceleradamente por haber salido con vida de aquella aventura.

—¡Pronto! ¡Vamos arriba! —dijo William, deshaciéndose del abrazo de sus amigos.

Las escotillas exteriores fueron abiertas y poco después toda la tripulación se encontraba sobre la superficie del «Tritón Volador», aspirando profundamente el aire de la mañana, mientras el sol

iluminaba con sus rayos sus caras desencajadas.

Ylún y William eran incapaces de pronunciar una sola palabra. La deliciosa muchacha deslizó su mano entre las de William y los dos seres miraron hacia el sol naciente, que se iba elevando majestuosamente en el cielo como un símbolo de paz y felicidad futura.

F I N

COLECCION

LUCHADORES DEL ESPACIO

TITULOS PUBLICADOS

1.—Los hombres de Venus, *George H. White.*
2.—El planeta misterioso, *George H. White.*
3.—La ciudad congelada, *George H. White.*
4.—Cerebros electrónicos, *George H. White.*
5.—Pánico en la Tierra, *Alf. Regaldie.*
6.—La Horda amarilla, *George H. White.*
7.—Policía sideral, *George H. White.*
8.—La I. P. n.º 1, en peligro, *Alf. Regaldie.*
9.—Rumbo a lo desconocido, *George H. White.*
10.—Los Hombres Araña de Júpiter, *Alf. Regaldie.*
11.—La abominable bestia gris, *George H. White.*
12.—La Conquista de un Imperio, *George H. White.*
13.—El Reino de las Tinieblas, *George H. White.*
14.—Dos mundos frente a frente, *George H. White.*
15.—Salida hacia la Tierra, *George H. White.*
16.—Venimos a destruir el mundo, *George H. White.*
17.—Guerra de Autómatas, *George H. White.*
18.—Piratas del Espacio, *Alf. Regaldie.*
19.—Errantes en el infinito, *Alf. Regaldie.*
20.—El Misterio de los Hombres de Piedra, *Alf. Regaldie.*
21.—Trágico destino, *Alf. Regaldie.*
22.—Si los mundos chocan, *Alf. Regaldie.*
23.—Redención no contesta, *George H. White.*
24.—Mando siniestro, *George H. White.*
25.—División equis, *George H. White.*
26.—Robinsones cósmicos, *George H. White.*
27.—Muerte en la estratosfera, *George H. White.*
28.—Destructores de mundos, *Alf. Regaldie.*
29.—D-3, Base de monstruos, *Alf. Regaldie.*
30.—El Enigma de Acrón, *Alf. Regaldie.*
31.—Apocalipsis atómica, *Alf. Regaldie.*
32.—¡Ha muerto la Tierra!, *Joe Bennett.*
33.—Invasión nahumita, *George H. White.*
34.—Mares tenebrosos, *George H. White.*
35.—Contra el Imperio de Nahum, *George H. White.*
36.—La guerra verde, *George H. White*

37.—**Amenaza latente**, *Larry Winters.*
38.—**Los hombree de Noldim**, *Larry Winters.*
39.—**La nueva patria**, *Larry Winters*
40.—**El hombre rojo de Tacom**, *Walter Carrigan*
41.—**El reino de las sombras**, *Walter Carrigan.*
42.—**Las basea de Tarka**, *Walter Carrigan.*
43.—**El *Kipsedón* sucumbe**, *Walter Carrigan.*
44.—**Motín en Valera**, *George H. White.*
45.—**El enigma de los hombres planta**, *George H White.*
46.—**El azote de la humanidad**, *George H. White.*
47.—**La ruta de Marte**, *Larry Winters.*
48.—**Expedición al Eter**, *Larry Winters.*
49.—**Fugitivos en el Cosmos**, *Larry Winters.*
50.—**Avanzadilla a la Tierra**, *Larry Winters.*
51.—**Amor y muerte en el Sol**, *Mike Gradson.*
52.—**Fymo, nuevo Mundo**, *Joe Bennett.*
53.—**Tierra de enigmas**, *Joe Bennett.*
54.—**Asteroide maldito**, *Joe Bennett.*
55.—**Operación cefeida**, *Profesor Hasley.*
56.—**El Atom S-2**, *George H. White.*
57.—**El coloso en rebeldía**, *George H. White.*
58.—**La bestia capitula**, *George H. White.*
59.—**El Enigma Cósmico**, *Profesor Hasley.*
60.—**Extraño Visitante**, *George H White.*
61.—**Más allá del Sol**, *George H. White.*
62.—**Los hombres de Alfa**, *Profesor Hasley.*
63.—**Entropía**, *Profesor Hasley.*
64.—**Marte, el enigmático**, *George H. White.*
65.—**¡Atención... Platillos volantes!**, *G. H. White.*
66.—**Raza diabólica**, *George H. White.*
67.—**Un astro en el camino**, *C. Aubrey Rice.*
68.—**Intruso sideral**, *Profesor Hasley.*
69.—**Llegó de lejos**, *George H White*
70.—**Cuando el monstruo ríe**, *Alf. Regaldie.*
71.—**Heredó un mundo**, *George H. White.*
72.—**Desterrados en Venus**, *George H. White.*
73.—**La legión del Espacio**, *George H. White.*
74.—**Bolas Blancas de Yereblu**, *C. Aubrey Rice.*
75.—**La Ciudad Submarina**, *Red Arthur*
76.—**Pánico en los espacios Siderales**, *Karel Sterling.*
77.—**El mundo sumergido**, *Profesor Hasley.*
78.—**Base Sakchent núm. 1**, *Profesor Hasley.*

Fiestas en la terraza de un rascacielos. Aldo Basher, un biólogo de fama excepcional, ha bebido más de la cuenta. Y en plena borrachera es secuestrado por monstruosos seres procedentes de otro mundo.

Un número considerable de sabios terrestres corre la misma suerte que Aldo Basher. Pero un buen día, aquéllos reaparecen. Sin embargo, en realidad eran

SOSIAS INFERNALES

Androides, de mentes vacías y reacciones alucinantes.

Y sobre la Tierra flotará, a partir de entonces, la terrible amenaza de su extinción.

K A R E L S T E R L I N G

logrará con esta novela que usted se estremezca de terror. El autor del «suspense» se supera una vez más. Compruébelo adquiriendo

SOSIAS INFERNALES

que se publicará en el próximo número de la Colección

Luchadores del Espacio

TIP. ARTÍSTICA

Precio: 6 pesetas